

**LA ESTRATEGIA ANTI-TERRORISMO DE LOS EEUU EN MEDIO ORIENTE A
PARTIR DE LOS ATENTADOS DEL 11S: APROXIMACIONES DESDE EL MITO
POLITICO DEL EXCEPCIONALISMO NORTEAMERICANO**

**SILVIA CORREA MARTÍNEZ
TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE
INTERNACIONALISTA**

**DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO
DAVID CASTRILLÓN KERRIGAN
INTERNACIONALISTA/MAGISTER EN ESTUDIOS ASIATICOS**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIA POLITICA Y RELACIONES INTERNACIONALES
CARRERA DE RELACIONES INTERNACIONALES
BOGOTÁ D.C.
NOVIEMBRE DE 2017**

**LA ESTRATEGIA ANTI-TERRORISMO DE LOS EEUU EN MEDIO ORIENTE A
PARTIR DE LOS ATENTADOS DEL 11S: APROXIMACIONES DESDE EL MITO
POLITICO DEL EXCEPCIONALISMO NORTEAMERICANO**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIA POLITICA Y RELACIONES INTERNACIONALES
CARRERA DE RELACIONES INTERNACIONALES
BOGOTÁ D.C.
NOVIEMBRE DE 2017**

**LA ESTRATEGIA ANTI-TERRORISMO DE LOS EEUU EN MEDIO ORIENTE A
PARTIR DE LOS ATENTADOS DEL 11S: APROXIMACIONES DESDE EL MITO
POLITICO DEL EXCEPCIONALISMO NORTEAMERICANO**

**SILVIA CORREA MARTÍNEZ
TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE
INTERNACIONALISTA**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIA POLITICA Y RELACIONES INTERNACIONALES
CARRERA DE RELACIONES INTERNACIONALES
BOGOTÁ D.C.
NOVIEMBRE DE 2017**

INTRODUCCIÓN.....	5
I. MARCO TEÓRICO.....	8
I (a) Constructivismo.....	9
II MARCO CONCEPTUAL.....	11
II (b). METODOLOGÍA.....	15
III (a) “Momento de quiebre en la configuración de la estrategia de seguridad estadounidense: 11 de septiembre de 2001 y nuevo enfoque hacia Medio Oriente”	16
III. (b) William J Clinton (1993-2001).....	18
III. (c) George W Bush (2001-2009) Doctrina de Guerra Preventiva y el 11/S	20
III (d) Barack Obama (2009-2017) Doctrina Pragmática y continuidad en la retórica	37
IV. “Excepcionalismo norteamericano de cuarta generación” /Consideraciones Finales.....	49
BIBLIOGRAFÍA	55
ANEXOS	61

Introducción

El pasado 15 de agosto de 2017, el 45° presidente de los Estados Unidos Donald Trump se dirigió ante el pueblo norteamericano y el mundo entero recalcando la trascendental misión que aún lidera la nación frente a la lucha global contra el terrorismo islámico. Mediante un lenguaje simbólico el discurso del mandatario aludió al contexto de los ataques del 11 de septiembre de 2001 llevados a cabo en la ciudad de Nueva York; recordado en el imaginario colectivo social como uno de los días más fatídicos para la historia del país. Alrededor del acontecimiento circundó una versión sostenida por élites académicas norteamericanas respecto al hecho de que dicho ataque simbolizaba un golpe directo a los ideales occidentales que caracteriza la idiosincrasia estadounidense y el denominado “american way of life”. A puertas de conmemorarse 17 años tras la perpetuación de los ataques del 11 de septiembre, cabe reflexionar sobre el porqué continúa siendo el terrorismo un tema de seguridad vital para la administración de Trump.

Desde mediados de la década de los noventa hasta entrado el año 2017, el gobierno de los Estados Unidos ha impulsado una campaña sostenida e incansable en contra de células y redes terroristas de naturaleza “fundamentalista-radical”. Amenazas que son consideradas factores que restringen la capacidad de ejercicio de libertad de individuos y sociedades alrededor del mundo. Sin embargo, una de las razones principales que explican la priorización del terrorismo al interior de la agenda de seguridad estadounidense en la actualidad se debe a la invocación de una retórica que exalta los rasgos de una identidad única, una narrativa bajo la cual se han amparado las sucesivas administraciones estadounidenses para legitimar acciones de carácter militar-ofensivo en contra de agentes externos que perjudican la vitalidad y la supervivencia de la gran nación; a este concepto se le denomina “Excepcionalismo norteamericano” y se abordará a mayor profundidad a través del trabajo. Se debe tener en cuenta que el estado actual de la estrategia anti-terrorista estadounidense en Medio Oriente es producto de una serie de procesos que han ido transformándose a través de los diversos contextos históricos y de acuerdo a

las percepciones de seguridad existentes del momento. A partir de los eventos ocurridos el 11 de septiembre de 2001 el discurso generado alrededor de los ataques ha logrado permear las dimensiones social, política, cultural y económica del país resultando en la puesta en marcha de políticas de corte intervencionistas. Bajo estas políticas se ha buscado: el derrocamiento de líderes autoritarios, la persecución de combatientes terroristas, la instauración de gobiernos considerados democráticos en países como Afganistán, Irak, y la erradicación del flujo de armas de destrucción masiva y tecnología asociada. Hoy en día, la presencia de grupos irregulares como ISIS o también conocido como el autoproclamado Estado Islámico de Iraq y Siria en lugares como Turquía, inclusive en el continente europeo en países como Francia e Inglaterra sugieren que se ha producido un efecto desbordamiento (spillover) más allá de los límites tradicionales estatales, amenazando con irrumpir el orden y la estabilidad de las estructuras socio-políticas, religiosas y culturales de otras sociedades mediante su llamado a proclamar un nuevo califato para el Islam.

Partiendo de lo expuesto anteriormente es pertinente aclarar que el presente trabajo de grado no pretende evaluar ni determinar los alcances y limitaciones, o logros y fallas del gran entramado de seguridad estadounidense y de las sucesivas estrategias anti-terrorismo subyacentes puesto que han sido numerosos los estudios académicos producidos que se han encargado de establecer dichas contribuciones y transformaciones. Por el contrario, esta investigación busca examinar la transformación y construcción del concepto “excepcionalismo nortamericano” como un producto socio-cultural de la idiosincracia estadounidense, alrededor del cual estrategias y políticas anti-terrorismo se han desarrollado e implementado en la región de Medio Oriente por medio de la declaración de un estado oficial de “Guerra contra el Terror” desde 2001. Se caracterizarán estas estrategias a lo largo de los periodos presidenciales desde Bill Clinton hasta la reciente salida de Barack Obama contemplando el análisis de elementos de construcción social como la identidad, los intereses, las ideas y el discurso como

mecanismos que han conformado parte del entramado estratégico y los cuales en gran medida han incidido en el rumbo de acciones y decisiones tomadas por el actor estatal en relación al **surgimiento** de este enemigo de naturaleza “asimétrica” en pleno siglo XXI.

El objetivo consistirá en atribuirle carácter especial a este concepto el cual ha venido transformándose al transcurso de los años, de esta manera, se generará un aporte a la academia en la disciplina de las Relaciones Internacionales. Se partirá estableciendo la siguiente pregunta: ¿Cómo se ha caracterizado la estrategia anti-terrorista estadounidense en Medio Oriente a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001? Argumentando que precisamente este “excepcionalismo norteamericano” hace parte de un “mito político de origen fundamental” (Walt, 2011), el cual ha venido configurando la estrategia anti-terrorista empleada en Medio Oriente y en general se presenta como un elemento que moldea la gran Política Exterior de los Estados Unidos hacia afuera. La pregunta será abordada desde la perspectiva del constructivismo, teniendo en cuenta que la configuración de políticas es el resultado de un proceso que involucra identidades, ideas e intereses que según explica Alexander Wendt “no se dan ni se explican por sí solos” (Wendt, 1992), cómo lo suponen teorías racionalistas como el realismo.

Referirse a la temática del fenómeno terrorista es pertinente y necesario, ya que actualmente sus efectos se han expandido más allá de los límites de control del Estado-nación y la nación que ha liderado la causa internacional, Estados Unidos, continúa comprometida hacia la realización del fin último de erradicar esta amenaza sin acercarse aún a encontrar una fórmula efectiva. Sí, por el contrario, continúa heredando y perpetuando la retórica política que ha fallado en acercarse a una comprensión real de la problemática. A la luz de un reciente cambio de gobierno permaneceremos a la expectativa de observar de qué manera Trump y su gabinete van a abordar la expansión de esta amenaza, puesto que Medio Oriente continúa siendo una región geoestratégica en la cual Estados Unidos además de tener

intereses vitales representa un espacio en el cual no se ha logrado generar impactos esperados.

El primer capítulo introducirá mediante un sustento teórico las bases del trabajo, este capítulo se titulará Marco Teórico. El segundo capítulo titulado Marco Conceptual se centrará en observar los conceptos específicos a ser explorados e introducirá la noción de excepcionalismo norteamericano a mayor detalle. El tercer capítulo titulado Momento de quiebre en la configuración de la estrategia de seguridad estadounidense: 11 de septiembre de 2001 y nuevo enfoque hacia Medio Oriente abordará desde la transición hacia el nuevo siglo la caracterización de las estrategias desde el periodo de Clinton hasta la reciente salida de Barack Obama teniendo en cuenta una serie de nuevas dinámicas y actores en el exterior. Finalmente, el cuarto capítulo titulado Excepcionalismo norteamericano de cuarta generación” /Consideraciones Finales dará paso a la introducción del nuevo término especializado y particular del excepcionalismo norteamericano en el nuevo abordando al fenómeno del terrorismo.

I. Marco Teórico y Conceptual

Con el fin de llevar a cabo un análisis estructurado es necesario plantear parámetros de índole teórica y conceptual bajo los cuales se llevará a cabo el análisis del presente trabajo. En primer lugar, se introducirá el marco teórico cómo vector principal bajo el cual se desglosará el entramado de conceptos, de esta manera, se considerará el constructivismo cómo teoría social y bajo la cual se analizará el comportamiento estadounidense en vista de aproximarnos hacia los intereses y razones que motivan sus numerosas intervenciones en la región de Medio Oriente desde la transición al nuevo siglo y con especial énfasis desde los ataques del 11 de septiembre de 2001. En segundo lugar, se busca delimitar las nociones a tratarse a lo largo del trabajo mediante la introducción de conceptos y definiciones de apoyo macro, el “excepcionalismo norteamericano”, el “terrorismo fundamentalista”, así como la “estrategia anti-terrorista”.

I. (a) Constructivismo

El constructivismo se contempla como una de las corrientes teóricas principales en la disciplina de las Relaciones Internacionales, además del realismo y la teoría liberal. Se preocupa por estudiar y comprender desde el análisis social aquellas dinámicas relacionadas con el ser humano y las diversas formas en las que el individuo se desenvuelve en su entorno social. La utilidad de la teoría a la luz de las Relaciones Internacionales según el académico Alexander Wendt, gran expositor del constructivismo que: “logra ilustrar exitosamente el significado de las capacidades materiales y las intencionalidades de los actores estatales, los cuales dependen en gran medida de las ideas compartidas en las que están suscritos” (Wendt, 1992). Por tanto, elementos como la cultura y la identidad son condiciones de posibilidad “para explicar configuraciones de poder e intereses que se forjan en relación a otro actor y alrededor de las dinámicas que emanan del Sistema internacional.” (Wendt, 1992).

De esta manera, es posible afirmar que el constructivismo hace énfasis en la relevancia de las construcciones sociales como procesos que no se generan a partir de concepciones ni consideraciones racionalistas, no se dan a priori, ni se establecen como una constante en relación al quehacer político de los Estados. Por el contrario, contempla elementos como la identidad, los intereses y los valores los cuales cobran importancia a la hora de evaluar las acciones externas de los agentes y de su propia posición en relación al otro. He considerado esta teoría como la más apropiada para el propósito de la presente investigación ya que pretende analizar y comprender que la intervención político-estratégica estadounidense en Medio Oriente no responde únicamente a consideraciones materiales, sino que se desprenden como producto de elementos ideacionales (sociales) sumado a prácticas materiales que combinan poder duro y poder blando simultáneamente.

Por otro lado, es importante traer a colación las consideraciones emitidas por el académico y experto en la temática anti-terrorismo Richard Jackson respecto al rol del constructivismo en la política exterior norteamericana. Él afirma lo siguiente, “el

constructivismo no pretende establecer la forma correcta o incorrecta de abordar el terrorismo, este busca desafiar interpretaciones dominantes de teorías tradicionalmente racionales” (Jackson, 2007). El constructivismo por tanto no pretende establecer verdades en relación a los vacíos teóricos que han germinado de otras corrientes de las Relaciones Internacionales, ni mucho menos pretende establecer si las acciones efectuadas por los gobiernos estadounidenses han sido acertadas o no respecto a la campaña global contra el terrorismo sino que busca ofrecerse como una herramienta que desde la visión occidental y bajo las nociones construidas por la superpotencia logre identificar estas respuestas a lo largo de los años como el resultado de la defensa de los intereses nacionales mediante la interacción con otros agentes.

La forma en que el agente político interactúa en relación a las estructuras y con otros agentes posibilita la formación de una identidad propia dotada de características y valores específicos la cual ha sido construida social e históricamente de manera conjunta y la cual permea la institucionalidad del Estado en todas sus dimensiones y en su formación identitaria. Interesa para efectos del trabajo partir de una identidad configurada a desde unos principios y valores referentes (democracia, libertad, Estado de derecho, desarrollo, progreso) por ende, se entiende que serán referentes o elementos diferenciadores que “son considerados el sello distintivo de la nación estadounidense” (Jackson, 2011), por teóricos como Richard Jackson. Una de las premisas que establece Dirk Nabers alrededor de la teoría constructivista se sostiene bajo la idea de que los “actores pueden compartir valores, normas y simbología los cuales proveen una identidad social y conlleva a la afirmación de que los Estados resolverán sus diferencias...la base del concepto radica en que la comunicación posibilita la interacción social” (Nabers, 2007, pg. 10). Y es precisamente esta condición la que establece un paralelo diferenciador entre países occidentales como los Estados Unidos y en este caso, el “terrorismo” cómo actor principal y como sujeto alrededor del cual se elabora y ejecuta una política de seguridad nacional. El hecho de que la

construcción social del otro mediante parámetros comparativos de índole moral sea negativa indica que las diferencias (ideológicas) han sido abordadas bajo una metodología hegemónica.

Es menester tener en cuenta que a juicio de Alexander Wendt la relación estrecha entre las variables intereses-identidad es incontestable, al mencionar que “los intereses se escogen a la luz de las identidades y explica que los intereses presuponen identidades, ya que un actor no puede saber lo que quiere hasta que no sepa quién es” (Lizama 2013). De esta manera, el constructivismo se presentará como un referente fundamental para el análisis de elementos como la identidad estadounidense frente al Otro, los intereses en juego en Medio Oriente, el discurso de figuras presidenciales, el lenguaje empleado en estrategias nacionales, la construcción social del enemigo terrorista a lo largo del siglo XXI, etc. a entenderse como el entramado conceptual que forma parte del gran concepto denominado “excepcionalismo norteamericano” a ser profundizado a continuación.

II. Marco Conceptual

En aras de tratar a profundidad la temática correspondiente al “excepcionalismo norteamericano”, concepto central para el análisis del presente trabajo resulta necesario brindar una definición del mismo. En su obra titulada *La Democracia en América*, el historiador Alexis de Tocqueville desarrolla la idea de esta creencia, la cual se ha institucionalizado mediante una serie de procesos histórico-políticos y se constituye en la actualidad cómo un “mito político” de primera mano para referirse a la particularidad de la idiosincrasia anglo-americana y a su carácter como nación democrática. De esta manera, de Tocqueville recalca lo siguiente:

¹“La posición de los norteamericanos es por lo tanto bastante excepcional, y se puede creer que ningún pueblo democrático jamás será colocado en una similar. Su origen estrictamente puritano, sus hábitos exclusivamente comerciales...les permite

¹Edición publicada en 1998 por Wordsworth Editions Limited Cumberland House. Revisión por el autor Francis Bowen, edición por Henry Reeve

descuidar estas actividades sin caer en la barbarie, mil causas especiales, han coincidido singularmente en fijar la mente del americano sobre objetos puramente prácticos. Sus pasiones, sus deseos, su educación y todo lo que le rodea parecen unirse para atraer al nativo de los Estados Unidos hacia la tierra; su religión en sí misma le hace girar, de vez en cuando, una mirada transitoria y distraída al cielo. Dejemos, pues, de ver todas las naciones democráticas bajo el ejemplo del pueblo estadounidense, e intentemos examinarlas en detalle con sus propias características” (Tocqueville, 1998, pg. 190).

Dicha noción que resalta el autor refleja el pensamiento y auto-concepción propia de los norteamericanos, de aquel orgullo de pertenencia que sienten y mediante la cual se diferencian de otros ciudadanos y culturas del mundo. De esta manera, Tocqueville en sí no está rindiendo un homenaje a esta “excepcionalidad”, la está caracterizando y le está atribuyendo un nombre desde la consolidación de procesos de construcción social desarrollados por un pueblo el cual él mismo observó, estudió y examinó durante años. Para efectos del trabajo interesa reflexionar no sobre el verdadero significado que el autor pretendía atribuirle al concepto sino la utilidad estratégica que ha representado para el gobierno estadounidense desde espectro político de los Estados Unidos. Es menester destacar que, existe actualmente más de una definición e interpretación del término que se acopla a dinámicas presentadas a lo largo de otros contextos históricos. Encontramos por ejemplo, interpretaciones diversas como la que expone la autora Joanne Esch quien afirma que el “excepcionalismo norteamericano representa la imagen idónea de los Estados Unidos de sí mismo y de su lugar y misión en el mundo” (Esch, 2010, pg. 398), idea que va de la mano con los postulados propuestos por de Tocqueville dos siglos atrás respecto a la construcción colectiva de una identidad la cual se ha ido naturalizando e institucionalizando al interior de estrategias, discursos, políticas y la cual a grandes rasgos constituye aquella visión occidental.

La creencia que circula alrededor de sus orígenes como República respecto a que los Estados Unidos “fuesen elegidos por medio del mandato divino para liderar a las

naciones del mundo y librar a las sociedades de la opresión, la tiranía y la injusticia” (Lewis, 2011) entre otras, es un argumento que se ha sostenido e incluso complementado con otras nociones mesiánicas de poder durante siglos. La llamada Doctrina Monroe (América para los americanos) de los años 1900 sustrae de los postulados tradicionales y del término “excepcionalismo norteamericano” ideas de superioridad y posesión de medios y capacidades cualitativas inigualables que lo sitúan de manera idónea en cual le ha permitido históricamente asumir determinados roles en el panorama internacional la parte superior de aquella escala jerárquica bajo la cual se rige el orden global. Es menester señalar por consiguiente que el empleo de este “mito político” no es algo nuevo que resurge paralelo a los ataques del 11 de septiembre de 2001.

Según afirma el autor Marc Barnett, “El mito del excepcionalismo, hoy, construye una situación en la cual los valores americanos son sinónimo de “valores universales”, y Estados Unidos actúa como un inocente y heroico defensor de estos valores desinteresadamente para el mundo” (Barnett, 2016, pg. 9). El argumento de Barnett se sostiene bajo un imaginario el cual subraya la distinción y diferenciación de una noción identitaria de Estados Unidos y de los americanos cómo “modelos idóneos” a seguir para el resto de civilizaciones en el mundo; y es mediante la mutación y la prolongación de este concepto que la política exterior estadounidense contemporánea se ha visto infundida y permeada bajo los mismos fundamentos de dicho movimiento. Barnett señala asimismo que no sólo el accionar político se ha visto configurado (y muchas veces respaldado) detrás de dicha noción, sino que “la construcción misma del “otro” cómo enemigo del Estado y la articulación de una respuesta a esta amenaza se ha materializado desde la lectura y comprensión del excepcionalismo” (Barnett, 2016).

Este sentido auto-atribuido de responsabilidad y liderazgo en el sistema internacional viene acompañado de la creencia que los Estados Unidos, alcanzan un nivel de moralidad suficiente para dictaminar o determinar qué se constata como “bueno y malo” en el mundo, cuáles son las amenazas más urgentes para la

seguridad global y de qué manera van a ser tratadas. Es por ello que la configuración de la política exterior y de las estrategias anti-terrorismo del gobierno estadounidense se deben entender a través de determinados momentos de inflexión los cuales según el académico Dirk Nabers, “varían en la medida en que el orden de las cosas es alterado y con ello los procesos políticos, generando así una ventana de oportunidad para que se creen o resurjan discursos de poder respaldados por nociones identitarias, ideológicas y sociales” (Nabers, 2009). Los eventos del 11 de septiembre simbolizan ese momento de quiebre importante al cual se refiere Nabers, y generan una necesidad de respuesta inmediata ante la incertidumbre emanada de la dinámica internacional del contexto.

El proceso de identificación del enemigo viene acompañado por un “proceso de etiquetación y diferenciación a partir del cual se concebirá a ese otro” (Said, 2004) de manera antagónica a los ideales y virtudes que representa un agente al interior de un determinado sistema. El protagonismo de este enemigo contemporáneo, aquel que pasa a figurar como nuevo referente de amenaza, está caracterizado por una naturaleza “no convencional y no-estatal” y sugiere la necesidad de implementar una nueva estrategia ajustada a las demandas y dinámicas del contexto actual. El terrorismo representa mucho más que una variable de guerra y una organización que opera bajo determinadas condiciones: también es concebida bajo el espectro ideológico, por consiguiente, representa un rechazo directo a forma de vida e identidad estadounidense, es una amenaza de naturaleza integral, un agente de guerra, una organización no-convencional y una ideología opuesta a lo que Estados Unidos cree representar y lo que considera es moral en el mundo.

Con respecto al término del terrorismo hemos de referirnos a la definición propuesta por el académico y especialista en asuntos internacionales, Richard Jackson, quien afirma que las primeras demostraciones asociadas a dicho fenómeno datan a los tiempos de la Revolución Francesa y representan una “forma menor de violencia que se atribuye miles de muertes al año” (Jackson, 2011). No es un fenómeno que pueda ser descrito o caracterizado bajo una única forma. Existe entre las más

simples el terrorismo local, regional, internacional las cuales han ido variando y se desprenden de una construcción social que ha insistido en “catalogar” conductas desviadas y delictivas al interior de determinadas sociedades y desde la concepción de las instituciones que detentan legítimamente el poder a nivel global. Para efectos del análisis, la tipología de terrorismo relevante es de tipo no-estatal efectuado y a la vez representado a través del “terrorismo islámico-fundamentalista”, aquel que practica organizaciones como Al Qaeda, ISIS y se legitima bajo la creencia de que asesinar y tomar vidas de personas civiles inocentes en nombre de un Dios o en vista de honrar su nombre es una misión de vida. Jackson afirma por otro lado que no existe una definición consensuada y oficial a nivel académico sobre el concepto de terrorismo pero el de naturaleza religiosa constituye la representación más letal e indiscriminada de terrorismo en comparación con otras formas más conservadoras y en países de Medio Oriente se ha proliferado aceleradamente a través de organizaciones como ISIS, Al Qaeda y Hamas, actores que bajo el precepto estadounidense son responsables en gran medida de provocar la desarticulación del orden y la estabilidad regional a niveles sociales, culturales, económicos y democráticos.

II. (b) Metodología

Con el propósito de abordar el trabajo de grado mediante sustentos y evidencias que permitan vislumbrar las acciones de los Estados Unidos en Medio Oriente y en relación al terrorismo me apoyaré en la observación de Estrategias de Seguridad Nacional o NSS del 2001, 2002, 2006 y 2010 las cuales son producidas cada cuatro años evaluando los logros de estrategias previas, identificando el surgimiento de nuevos riesgos y desafíos a nivel doméstico e internacional y se constituyen como el gran cuerpo rector mediante el cual Estados Unidos establece sus intereses y prioridades hacia fuera; son una guía rectora que determina pautas de acción y los mecanismos disponibles para lograr objetivos determinados. En segundo lugar, recurriré al uso de estrategias anti-terrorismo ellas puntualizan de manera más concreta las operaciones a llevarse a cabo en relación a la lucha anti-terrorista en

regiones del mundo donde existe actividad de células terroristas, me apoyaré en las estrategias producidas en el año 2003 y 2011. Además, parten de una serie de supuestos valorativos y morales que se cree forjan la identidad estadounidense y que por ende son la insignia representativa de su idiosincrasia. En estos documentos se habla de los valores que representa Estados Unidos y la importancia de exportarlos hacia afuera de manera que haya una lectura interpretativa de que las intervenciones en el mundo llevan beneficios a las sociedades y que existe una misión benévola detrás de las mismas. En tercer lugar, considero importante apelar a los discursos presidenciales ya que en el imaginario de la sociedad el ejecutivo está investido de poder y autoridad suficiente para determinar cuáles son los intereses de la nación, cómo serán defendidos y legitimados hacia el exterior.

III (a) “Momento de quiebre en la configuración de la estrategia de seguridad estadounidense: 11 de septiembre de 2001 y nuevo enfoque hacia Medio Oriente”

A lo largo del segundo periodo del siglo XX Estados Unidos habría logrado contener y vencer militarmente a la URSS, triunfo el cual simbolizó la transformación en las dinámicas de orden global. El sistema Internacional actual se rige bajo unas dinámicas globalizadas frente a las cuales los Estados se han visto obligados a acoplarse. La nueva era se caracteriza por la ausencia de una potencia estatal contestataria hacia la hegemonía que EEUU ha venido proyectando desde finales de los años noventa, exceptuando a potencias en ascenso como China, país el cual ha supuesto una serie de nuevos desafíos en materia económica y financiera para Washington, pero desde el espectro militar, cultural y político la superioridad de la cual se reviste EEUU en relación a sus pares no se considera equiparable.

Esta noción de superioridad respecto al resto de sociedades a la cual se refería De Tocqueville en “Democracia en América” la cual busca justificar acciones en la escena internacional y con ello naturalizar un patrón de comportamiento es una constante que veremos a lo largo del siglo XXI y con especial frecuencia en la región de Medio Oriente. Es a partir de los ataques del 11 de septiembre de 2001 que se

asume una postura agresiva hacia la erradicación de las amenazas que se cree de allí se propagan y con respecto al más evidente de estos desafíos: el terrorismo y toda forma u expresión que desde la visión del gobierno estadounidense vaya en detrimento de los intereses y la seguridad nacional y que se anteponga a la institucionalidad e identidad occidental. Se apelará a un sentido de pertenencia basado en el significado de ser estadounidense en relación al resto de sociedades y de unificarse más como nación posterior a los ataques perpetrados por Al Qaeda, grupo autor de los atentados, tildado de terrorista fundamentalista islámico y hacia el cual se dirigirán sentimientos de repulsión y rechazo absolutos al interior del imaginario colectivo del público estadounidense y de sociedades simpatizantes hacia la causa y lucha de los Estados Unidos.

El presente capítulo busca centrar su atención en los eventos que se desarrollaron a partir del 11 de septiembre de 2001, día memorable para el colectivo social estadounidense y el cual representa un momento simbólico de oportunismo político como referente alusivo al derecho de ejercer la legítima defensa para respaldar desde una óptica occidental las acciones de intervención de Estados Unidos dirigidas hacia la lucha sostenida contra grupos terroristas concentrados en Medio Oriente. Cabe mencionar que esta región paulatinamente desde la era Clinton iba captando la atención de los principales estrategas políticos y dirigentes de la nación estadounidense ya que en el pasado se habían perpetuado demostraciones violentas por parte de facciones islámico-fundamentalistas a lo largo de la historia.

Se introducirán primero los intereses del gobierno desde el cambio de contexto hacia el Siglo XXI durante la era Clinton. Luego se hará mención de los eventos del 11 de septiembre haciendo énfasis en el cambio político que simbolizó este momento de crisis desde la retórica y hacia la puesta en marcha de acciones de intervención en Medio Oriente identificando en primer lugar, el proceso de formación del Otro desde el lente estadounidense y desde el ámbito académico, y posteriormente se avanzará hacia la identificación de intereses en la región objeto de estudio. Estos intereses se defenderán a partir de instancias de intervención y

serán analizadas para el caso de Afganistán e Iraq durante el periodo de Bush y durante la presidencia de Obama se analizarán más bien instancias bajo las cuales se ha visto una necesidad de presencia permanente en Medio Oriente, los escenarios son: el uso de drones en Pakistán y la Operación Lanza de Neptuno que consolidó la caída de Osama Bin Laden. En vista de analizar las acciones previas me apoyaré simultáneamente en el análisis de material discursivo y la exploración de las estrategias de seguridad y anti-terrorismo con el motivo de observar la progresión del mito del excepcionalismo norteamericano como mecanismo que ha respaldado la presencia y el accionar estadounidense en el exterior.

III. (b) William J Clinton (1993-2001)

William J Clinton asumirá por segunda vez la presidencia de los Estados Unidos en medio de un contexto que Dirk Nabers caracteriza cómo “vacío de significado” (Nabers, 2010) debido a que la amenaza que ese Otro representaba (a lo largo del periodo de la Guerra Fría) había sido neutralizada y simultáneamente surgirían nuevas fuerzas o nuevas cabezas de una especie de medusa representando los desafíos del momento sin distintivos prioritarios específicos hacia el cual dirigir la política exterior. El concepto del vacío de significado apela a la ausencia de una crisis hacia la cual sea posible generar desde la concepción estadounidense una transformación de la identidad propia y en relación a la percepción construida mediante las interacciones con agentes externos. Ya que no había permeado en el imaginario colectivo y desde la esfera del gobierno un enemigo (ideológico, político, cultural, social) como sucedió con la URSS durante la Guerra Fría el gobierno enfocó su maniobra exterior mirando hacia más de un referente y sin tener claro cómo diferenciarse de un enemigo perfilado.

Entre las nuevas prioridades del gobierno entrado el siglo XXI se distinguieron tres objetivos generales: “Mejorar la seguridad nacional y hacia el extranjero, promover la prosperidad y promover la democracia y los derechos humanos, reconocidos como los elementos de nuestra estrategia para el compromiso” (The White House, 2001, pg. 5). Estos lineamientos están contenidos al interior de la Estrategia de

Seguridad Nacional del 2000 titulada “A National Security Strategy for a Global Age.” Dichos objetivos entran en conjunción con el “avance de los valores americanos los cuales han construido una referencia importante para la puesta en marcha de políticas y acciones hacia afuera” (NSS, The White House, 2001). Por lo tanto, desde la documentación es posible hallar una conjunción entre los valores que promueve Estados Unidos y sus intereses definidos en términos políticos; los primeros respaldan las acciones de los segundos y generan una imagen que se proyecta hacia afuera y que se cree definen y perfilan la identidad estadounidense. Esta es una estrategia que va identificando regiones y áreas de influencia de manera directa y la cual se sostiene sobre los ideales de “promover el bienestar general, y asegurar los valores de la libertad y la prosperidad propia y la del pueblo norteamericano tanto a nivel doméstico como en el exterior” (NSS, 2000, pg. 3). Si bien el terrorismo viene perfilándose en la escena internacional durante el contexto del nuevo siglo, la estrategia menciona en el apartado confrontar nuevas amenazas temas como “armas de destrucción masiva, armas de corto y largo alcance, tráfico y contrabando de personas y ciber seguridad” (NSS, 2000), quedando aún relegado a permanecer como una amenaza a la seguridad nacional de segunda categoría. Su reubicación como interés nacional de primera instancia se hará efectiva a partir del denominado momento de inflexión 11S, dicha fecha marcará un reenfoque del terrorismo como agente con gran potencial de peligro para los Estados Unidos pues es desde 2001 que se siente la proximidad de tal amenaza materializada en suelo nacional. La retórica construida e impulsada paralelamente a los sucesos magnificará en la mentalidad colectiva sensaciones de desprotección, de violación hacia derechos fundamentales como la vida, hacia la soberanía y el respeto estatal. Simbolizará una ofensiva hacia los cimientos ideológicos representados a través del modelo capitalista estadounidense debido a que el ataque a las torres gemelas, en particular, cobró el mayor número de vidas humanas y fue llevado a cabo en el epicentro económico-comercial nacional desmantelando hasta los cimientos aquella infraestructura distintiva que simbolizaba parte del poderío hegemónico que Estados Unidos ha buscado proyectar ostentadamente hacia afuera.

III. (c) George W Bush (2001-2009) Doctrina de Guerra Preventiva y el 11/S

El 11 de septiembre de 2001 se constituye como un evento significativo no en tanto que pone de manifiesto la existencia de un fenómeno no-convencional, moderno globalizado y peligroso si no que se presenta como un episodio que pone de manifiesto la necesidad de dar una debida y real atención al manejo del terrorismo desde las estructuras de seguridad nacional. Revitaliza y reaviva la retórica del mito político del excepcionalismo norteamericano de manera que sea posible mantener continuidad en el ejercicio de construcción y recreación socio-cultural del enemigo y del Otro pero no a partir de la identificación de unas características relacionadas con enemigos como el nazismo o el comunismo sino de un prototipo cultural específico: el musulmán-árabe y la ideología islámico-fundamentalista. Teniendo en cuenta que esta construcción se efectuará a partir de otros referentes categóricos y a partir de la transformación de una serie de intereses que pasarán a un primer plano, por primera vez en la historia el tema del terrorismo y la noción del agente terrorista pasará a figurar en el listado de prioridades principales al interior de la agenda nacional y se dará paso a la creación de agencias y organismos domésticos coordinados mediante la ampliación de los poderes ejecutivos como es el caso del Departamento de Homeland Security y la Unidad especial anti-terrorismo para la protección de la nación y la ciudadanía frente a las amenazas relativas con futuros ataques violentos.

Los atentados fueron coordinados y ejecutados por “19 hombres entrenados por el grupo terrorista Al Qaeda...los atacantes secuestraron de manera simultánea cuatro aviones comerciales con la intención de estrellarlos en espacios geoestratégicos de la nación estadounidense. Tres de los aviones alcanzaron sus objetivos; el cuarto se estrelló en un campo en Pensilvania. En un solo día estos actos deliberados de asesinato masivo cobraron la vida de aproximadamente 3,000 seres humanos” (Taylor, 2011). Este hecho es considerado el más letal en la historia estadounidense por tratarse de un ataque en suelo directo hacia estructuras simbólicas como el Pentágono, Las Torres Gemelas y hacia la Casa Blanca, objetivo el cual no fue

alcanzado debido a la pericia de los pasajeros del vuelo 93 quienes impidieron que ocurriera dicho acontecimiento. Horas después de los ataques el entonces Presidente George W Bush se pronunciaría públicamente ante la nación estadounidense y ante el mundo entero con la intención de generar una sensación de estabilidad frente al estado de conmoción y el quiebre de la normalidad al interior de las dinámicas de la nación. El lenguaje empleado por el Jefe de Estado aludiendo a términos como la libertad, la democracia, la oportunidad y formas de expresión como “nuestra forma de vida” (Bush, 2001)² han sido apropiados mediante la creencia de que existe una superioridad de la comunidad y la cultura estadounidense respecto al resto de Estados y frente a diversas sociedades en el mundo. Este ejercicio de construcción no es novedoso, desde sus orígenes como república Estados Unidos ha enfrentado amenazas, a un Otro o a una figura enemiga imponiendo sus visiones, valores e institucionalidad; grandes cualidades que se cree por ello le conceden el status de superpotencia internacional, de auto-reconocido líder mundial y de ser la nación más grandiosa de todas, por consiguiente, frente al fenómeno del terrorismo no se espera nada diferente.

El ejercicio de análisis del discurso y la construcción de la identidad al interior del ámbito institucional no son atributos concebidos, detrás de estos operan agentes importantes los cuales dan vida a la retórica. Por consiguiente, es vital tener en cuenta el rol que ejerce el agente que articula, promueve y le atribuye significado a la caracterización de un enemigo, en este caso, el rol que juega el Presidente de Estados Unidos en la promoción de un discurso que tiene como finalidad encuadrar a los terroristas y al fenómeno del terrorismo bajo un marco específico. El autor Lani Shamash señala en su trabajo “The War on Terror Discourse and Militant Political Islam” que “el presidente de un Estado emana una figura emblemática, pues es él o ella quien detenta el ejercicio de máxima autoridad en torno a una sociedad, personifica la imagen de una nación y por tanto sus acciones, posturas y pensamientos se extienden a lo largo y ancho de diferentes estructuras de poder.”

² Ver Anexo 1

(Shamash, s.f). No solamente se ve proyectada la visión de Bush en relación a la postura frente a los ataques cuando emplea vocabulario como actos despreciables”, “terror”, “maldad” y lo “peor de la humanidad” si no que en últimas pretende crear una imagen del enemigo negativa, que va en detrimento de valores como la libertad, la felicidad, la democracia, etc. patentados por Estados Unidos como ideales que simbolizan el “American way of life. La figura presidencial es quien se encargará de proyectar y legitimar la defensa de los intereses de la nación frente a determinadas audiencias a las cuales pretende evocar emociones y sentimientos que le permitan aprovechar una posición de oportunidad política óptima para declararse en estado de guerra contra el terrorismo global y persuadir a la comunidad internacional y a sus aliados sobre los riesgos que la civilización occidental en conjunto corre a manos de la actividad de grupos terroristas fundamentalistas. Por tanto, el fin estratégico es el de movilizar a sus contrapartes en el escenario internacional hacia la adopción de los intereses de la superpotencia haciéndolos parte de su propia agenda de seguridad, magnificando el impacto potencial de la amenaza al punto en que la soberanía nacional de otros actores se perciba comprometida y adopten una postura preventiva/ofensiva similar a la de los Estados Unidos. de la talla de Al Qaeda.

La construcción del enemigo debe venir acompañada por un factor el cual determina la forma en que un actor se relaciona con otro o en su efecto cómo se relaciona con la estructura, este es el elemento del poder al cual Michel Foucault citado por Héctor Chávez se refiere en su obra *Poder y discurso en Michel Foucault* y el cual cobra una importancia suma en relación con el discurso. Asevera Foucault que “el poder no está dado, ni se intercambia, tampoco se recupera, sino que por el contrario se ejerce y este solo puede ser ejercido en la acción...es una relación de fuerzas” (Chávez, 2014). Por consiguiente, una determinada acción tomada por un individuo u agente, en este caso por parte del Presidente George Bush, denota significado dada la importancia exaltada a través de la figura del ejecutivo y busca crear cierto tipo de influencia sobre grupos, influencia la cual se verá respaldada por memorias

e imágenes que departen de una experiencia o una vivencia traumática experimentada directa e indirectamente (escenario del 11S) y la cual se aloja en el imaginario colectivo del pueblo estadounidense.

La potestad que se atribuye Bush como sujeto político para clasificar selectivamente los actos de un determinado grupo socio-cultural y enmarcarlos en una categoría antagónica a lo que es considerado bueno a su vez genera un efecto de deslegitimación política con respecto a la naturaleza del terrorismo e invalida sus acciones no solamente en relación a los atentados cometidos en Nueva York y Washington sino en el escenario global, en cualquier espacio bajo el cual operen o interactúen y busquen reclamar un sentido de validación o aval internacional, el enemigo es paulatinamente desprendido de la maniobra política, es despolitizado. Dicha violencia se asociará con “un método no convencional e ilegítimo de hacer la guerra” (Shamash, sf, pg. 7) y ello respaldará la causa anti-terrorista creando un efecto de “exteriorización” en los niveles político, cultural, social, económico e ideológico de la lucha estadounidense en contra del nuevo enemigo que intenta amenazar con desestabilizar el orden y la seguridad en el sistema internacional.

Por su parte, al académico Jason A Edwards menciona la introducción de un concepto que alude a la identificación de un Otro mediante el cual el gobierno estadounidense ha catapultado la retórica expeccionalista en contextos anteriores para describir al enemigo; el concepto del “salvajismo” (Edwards, 2008). Si bien no es preciso hallar en discursos formales como aquel pronunciado por Bush el 11 de septiembre el uso directo de dicho término, las imágenes generadas a partir de los eventos cuya carga sensorial es significativa son explotadas a través de instituciones como los medios de comunicación cuyo alcance es amplio y receptivo. Los medios son controlados por el Presidente quién se encarga de moldear percepciones de “maldad”, “perversión”, “violencia” y “muerte” atributos que posteriormente se toman y se inscriben al referente categórico de salvaje mediante el cual se identifica al enemigo. De esta manera el ejercicio se torna comparativo con el propósito de elevar a la figura terrorista (y su accionar) al mismo nivel que el

de un salvaje en cuanto a su esencia bárbara y así poder generar un referente desde la concepción colectiva estadounidense proyectándola políticamente hacia afuera.

Si a lo largo de la segunda mitad del siglo XX el referente de Otro salvaje era el sujeto soviético y la ideología comunista, bajo el contexto actual el terrorismo fundamentalista va a suplantar dicha identidad y se constituirá como nuevo referente hacia el cual dirigir la narrativa y las acciones políticas. El académico JR Butler ofrece una definición más enfocada del concepto de salvajismo, el de “salvaje primitivo imperial”. Definido como “una sociedad primitiva, una imagen del enemigo descentralizado y una cultura más que un individuo maligno o un gobierno”. (Butler, 2002, pg. 18). El núcleo trascendental del concepto yace en el elemento cultural, que parte de una serie de rasgos comunes como la lengua, las costumbres, la religión y el devenir histórico de un determinado grupo, etc. En el caso del terrorismo islámico fundamentalista el indicativo religioso se constituye como rasgo identitario y como aspecto que caracteriza la naturaleza de las acciones dirigidas hacia Occidente y permite vislumbrar a un segmento social determinado y delimitado, la comunidad musulmana.

La estrategia de guerra del agente terrorista bajo la percepción estadounidense opera bajo la creencia de que morir es estar cerca a Alá, no se teme transitar al más allá ni se percibe amoral llevarse vidas de personas consideradas infieles al otro mundo. Mecanismos de lucha como el derramamiento de sangre y las inmolaciones públicas se tornan en los medios por excelencia para operar y para difundir el terror y la violencia. Con referencia a los señalamientos previos, la sociedad musulmana y el mundo islámico en conjunto rectifican que no reconocen como legítimos, ni representativos del dogma religioso las diversas expresiones bajo las cuales operan autodenominados grupos que cometen actos de violencia masiva en nombre de la religión, ellos no representan de manera digna al creyente musulmán y si por el contrario son considerados el reflejo de una facción que desacraliza y malversa los mandamientos de Alá. Como se verá en un fragmento del discurso del Estado de la Unión del Presidente George Bush en 2001, se respaldan las nociones sobre la

importancia de separar a la religión islámica del terrorismo fundamentalista para evitar caer en prácticas de segregación y percepciones sociales erradas.

Bush pretende apelar a los sentimientos de los musulmanes alrededor del mundo afirmando lo siguiente: “Respetamos su fe. El islam es practicado por millones de estadounidenses y por millones más en países que América cuenta como aliados. Sus enseñanzas son buenas y pacíficas, y aquellos que cometen actos de maldad en nombre de Alá blasfeman el nombre de Alá. Los terroristas son traidores a su propia fe, tratando de secuestrar el islam para sí mismos. El enemigo de Estados Unidos no son nuestros amigos musulmanes; no son nuestros amigos árabes. Nuestro enemigo es una red de terroristas radicales, y cualquier gobierno que los apoye” (George W Bush, State of the Union, 2001). De esta manera el discurso está dirigido a efectuar una separación efectiva entre aquello concebido bueno de lo malo, se separa al practicante musulmán fiel del terrorista radical infiel o traidor con el propósito de excluir a un segmento social de otro grupo.

Partir de aquella diferenciación permite identificar y apartar al “musulmán bueno” del “musulmán malo” para efectos de planificar y dirigir una estrategia anti-terrorismo que persiga y busque traer a la justicia a los verdaderos enemigos del Estado. Sin embargo, la institucionalidad se ha visto tan profundamente permeada y moldeada por medio de la circulación de las imágenes de la devastación de los ataques, del referente del enemigo terrorista con sus caracteres fisiológicos y de los riesgos bajo los cuales están sometidas la seguridad y la estabilidad global a partir de la existencia de la amenaza terrorista que ha emergido una tendencia equívoca de “estrechar” el margen representativo del sujeto terrorista para encajarlo automáticamente en el perfil de poblaciones árabe-musulmanas, iraníes-musulmanes, etc. resultando así en la popularización de mecanismos de “estereotipación” cultural en los organismos de política y entre los círculos o think-thanks políticos estadounidenses.

Nick Adams en colaboración con otros autores han logrado identificar dicha problemática e introducen “la aplicación del método de “perfilamiento de

comportamiento étnico-religioso” (Adams, et al, 2011) señalando las falencias que presenta el modelo a la hora de identificar de manera exitosa la posibilidad de que un agente con rasgos fisiológicos específicos lleve a cabo un ataque violento en espacios de tránsito clave. A partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001 los sentimientos anti-musulmanes se dispararán reflejando una preferencia por adoptar medidas y políticas diferenciadoras hacia un segmento de la población a nivel doméstico y en relación al manejo de las relaciones externas con sociedades originarias de Medio Oriente; entre dichas políticas se resaltan “el proyecto de entrevistas del FBI y el programa de registro especial del servicio de inmigración y aduanas” (Adams, et al, 2011, pg.23), los cuales revelan tendencias intimidantes y de separación hacia colectividades de descendencia socio-cultural musulmana. Adicionalmente, permite entrever un elemento de superioridad racial que se materializa a través de las agencias de seguridad encargadas de proveer la protección de la soberanía nacional. Es así como el alcance de la retórica excepcionalista ha generado un impacto de tipo “spill over” a lo largo de todas las esferas de la sociedad estadounidense. Este cambio en la actitud y en el tono de la retórica política estadounidense es alusivo al empleo de una categoría discursiva inscrita bajo la disciplina de la sicología también conocida como el recurso de la “exclusión moral” (Clemnos, et al. 20014) citado por los autores Carley Clemons, Phillip Hammack, Jonathan Muro y Andrew Pilecki, mediante la cual se busca “naturalizar” una guerra contra el terrorismo considerada justa y regida bajo fundamentos y preceptos éticos que determinan los parámetros que separan lo bueno de lo malo.

Habiendo explorado las nociones académicas producidas alrededor del surgimiento del enemigo contemporáneo para los Estados Unidos es menester adentrarse en el proceso de formación de intereses en el escenario internacional a partir de la examinación de documentos de seguridad y estrategias nacionales. La importancia geoestratégica que representa la región de Medio Oriente para Estados Unidos data años atrás, se destacan instancias como el conflicto Israel-Palestina, las relaciones

comerciales con Arabia Saudita y la expulsión soviética de Afganistán. Como se menciona en el preámbulo de la Estrategia de Seguridad de 2002 titulada "*The National Security Strategy of the United States of America*" los eventos del 11 de septiembre de 2001 "nos enseñaron que los Estados débiles como Afganistán pueden plantear un grave peligro para la defensa de nuestros intereses nacionales. La pobreza no es un factor que torna a la gente hacia la actividad terrorista. Sin embargo, la pobreza, las instituciones débiles y la corrupción pueden hacer vulnerables a los Estados débiles frente a la actividad de redes terroristas y de carteles de droga dentro de sus mismas fronteras" (The White House, 2002, pg. 4) El panorama planteado a través del documento indica la importancia geoestratégica que adquieren países y zonas en la región de Medio Oriente y se populariza el empleo del término terrorista y terrorismo, lenguaje el cual evidencia que, tras la entrada del nuevo siglo este fenómeno empieza a figurar en el entramado de seguridad y defensa estadounidense como asunto de máxima seguridad.

Asimismo, Medio Oriente figurará como un referente de localización geoespacial clave para la defensa de intereses nacionales estadounidenses como: la persecución y el desmantelamiento de redes terroristas con alcance global, el fortalecimiento de campañas de no-proliferación y flujo de armas de destrucción masiva en manos de países totalitarios y de organizaciones con ideologías radicales. Y a más grandes rasgos, sistematiza el despliegue de una serie de operaciones e intervenciones abanderadas bajo las insignias de la "democracia, el desarrollo, el libre comercio, los mercados, la prosperidad y el avance cultural" (The White House, 2002, pg. 4) como factores generadores de un sentido unificador de causa hacia la lucha conjunta contra el terrorismo y contra las principales amenazas que caracterizan las dinámicas del nuevo contexto internacional, un orden que Estados Unidos buscará moldear bajo su visión. Las intervenciones del gobierno nacional además de defender intereses puntuales en la agenda, se materializan como resultado de una necesidad por revitalizar la imagen estadounidense frente a los ojos de la comunidad internacional y el resto de Estados, los ataques tuvieron el

efecto de poner de manifiesto la incapacidad de protección del gobierno al interior de su propio territorio y la inhabilidad por defender a sus ciudadanos e instituciones. Bajo dicha coyuntura de crisis fue necesario restaurar la creencia de que Estados Unidos se mostraba superior al resto de Estado en relación a la proyección de poderío militar, económico, cultural político seguían proyectándose hacia afuera marcando pautas de orden y estabilidad en los asuntos globales.

La primera instancia de intervención va a acontecer no menos de un mes posterior a los atentados terroristas. “El presidente de los Estados Unidos, George W Bush lanzará la operación Libertad Duradera en Afganistán, después de que los talibanes se negaran a entregar al líder de Al Qaeda, Osama Bin Laden a las autoridades.” (Al Jazeera, 2017). Compromiso militar el cual requirió de la articulación de una serie de consensos y negociaciones entre las esferas políticas domésticas y las entidades encargadas de establecer los principales intereses y objetivos de la política exterior estadounidense. Estos agentes son denominados por la autora Alexandra Homolar como “empresarios políticos” (Homolar, 2011, pg. 191) denominación que se articula con la idea propuesta por Foucault de que las acciones toman significación en la medida en que los activos, sujetos cuyas ideas, posturas y visiones entran en confluencia, ejercen relaciones de fuerza sobre otros agentes y entran a dominar la maniobra política. Como parte de la campaña del gabinete Bush, los actores políticos movilizaron una visión común en torno a la misión de intervenir en contextos externos amparados por un principio de defensa soberana y activando en la mentalidad de las colectividades receptoras la creencia de que el ataque hacia los Estados Unidos simbolizaba una ofensiva hacia los propios cimientos de la libertad, la paz, la estabilidad y la democracia. Por ende, el apoyo de toda la civilización occidental, encapsulada bajo un mismo conjunto de valores debía hacerse efectiva e inmediata para hacer frente a las amenazas que se desbordan desde regiones inestables como Medio Oriente, lucha que se creyó servía al grueso de intereses de la comunidad internacional.

Se verá que la intervención en Afganistán se efectuó bajo el marco de “una resolución conjunta firmada por el Presidente Bush autorizando el uso legítimo de la fuerza hacia aquellos responsables por los ataques del 11 de septiembre...resolución la cual será citada posteriormente por la administración Bush como fundamento jurídico para la decisión de tomar medidas radicales para combatir el terrorismo.” (CFR, 2017). El ejercicio de recurrir a documentación de materia legal y jurídica sienta los precedentes para la puesta en marcha de acciones futuras y va generando una tendencia hacia la “institucionalización” de la retórica estadounidense anti-terrorista que busca impulsarse hacia el ámbito internacional poniendo de manifiesto las preocupaciones de la comunidad de Estados en conjunto. Busca, en medio de un complejo clima externo, situar al terrorismo como prioridad número uno en las agendas de gobierno de sus aliados y del resto de países que apoyan dicha lucha. Afganistán fue identificado por el gobierno como el origen y lugar base de la organización Al Qaeda y desde la visión estadounidense obligaba al gobierno afgano a perseguir y a entregar a los responsables detrás de los ataques, se constataba como una especie de refugio seguro que facilitaba la movilidad, el reclutamiento y la posibilidad de escondite de los combatientes y de la máxima figura de la organización Osama Bin Laden, facilitando a su vez la planeación de acciones terroristas futuras al interior de la región y hacia otros espacios.

Como parte del proceso de movilización y apoyo hacia la intervención en Afganistán y posteriormente en Iraq, se observará una tendencia por impulsar aquello que Richard Jackson denomina “el establecimiento de un régimen hegemónico de la verdad en la sociedad” (Jackson, 2011), es decir aquello que el discurso estadounidense pretende revelar como correcto versus aquello que es falso, que proviene del agente terrorista y de esta manera situar a las audiencias en el bando de los buenos y no de los malos. Evidencia de éste régimen se percibe a través de extractos como aquel pronunciado por Bush en el discurso del 21 de septiembre de 2001 en el cual menciona, “este grupo y su líder, están vinculados a muchas otras

organizaciones en diferentes países, incluida la Jihad Islámica Egipcia y el Movimiento Islámico de Uzbekistán. Miles de estos terroristas están presentes en más de 60 países. Son reclutados de sus propias naciones y llevados a campamentos en lugares como Afganistán, donde son entrenados en las tácticas del terror. Son enviados de vuelta a sus hogares o a esconderse en países alrededor del mundo para tramar el mal y la destrucción.” (George W. Bush, State of the Union, 2001). La ubicación geográfica de los lugares de actividad y presencia de facciones terroristas, los cuales son muchos, genera la sensación de sobre-expansión del radio de acción del enemigo que va esparciendo maldad y violencia en el mundo de manera que la retórica producida pueda ser aprehendida por las masas y sus percepciones focalizadas hacia una sensación de peligro inminente en el mundo. Riesgo el cual debía ser contenido inmediatamente por un líder capacitado para lograr dicha tarea y quién mejor que Estados Unidos para asumir dicho rol.

Menos de un mes después del pronunciamiento público de Bush el gobierno materializará la puesta en marcha de la operación militar *Libertad Duradera* en Afganistán, esta se hará efectiva mediante el despliegue de tropas estadounidenses “respaldada por sus aliados y por medio de una resolución especial del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas...con la asistencia de Fuerzas de Operaciones Especiales (FOE), operativos de la CIA y el poderío aéreo de los Estados Unidos en apoyo, la Alianza del Norte y las tribus Pashtun en el sur se logró derrotar a las fuerzas talibanes y perseguirlos a ellos y al grupo Al Qaeda hacia las regiones de Irán y Pakistán.” (Collins, 2011, pg. 2) Durante la primera fase de la operación se evidencia un componente militar alto de tipo “convencional y centrada en red” (Collins, 2011) y se pone de manifiesto el deseo de Estados Unidos por querer proyectar un poderío de tipo *hard power* en la región de Medio Oriente acompañado por la promesa de instaurar instituciones democráticas, de devolverle a la sociedad la esperanza de vivir en medio de un ambiente de seguridad, prosperidad y progreso. Intereses los cuales irán en conjunción con la ambición estadounidense de trasladar la arquitectura occidental hacia un contexto cultural oriental

desconociendo la procedencia de procesos socio-políticos y dinámicas del núcleo social afgano y deslegitimando a su vez la construcción de un tejido colectivo el cual ha formado parte del quehacer histórico del país. Se da paso así a un proceso de americanización del Estado afgano derrocando previas figuras de gobierno, se instaura un régimen bajo la dirección y vigilancia de diversas entidades colaboradoras “y se nombra en el marco de los acuerdos Bonn celebrados en Alemania a Hamid Karzai, originario de una tribu Pashtun, como líder interino en Afganistán.” (Collins, 2011, pgs. 49-50) No obstante, se observará que no se logra el gran objetivo de abatir a Osama Bin Laden ni dismantelar a las fuerzas terrestres de la organización Al Qaeda.

La interacción entre diversas variables que tuvieron cabida a lo largo de la intervención en Afganistán permiten visibilizar la imbricación entre mecanismos de hard y soft power simultáneamente. Desde un lente exclusivamente realista se podría afirmar que, en Afganistán, primer momento de presencia post 11S, la estrategia del gobierno estadounidense se rigió en su totalidad bajo parámetros de poder militar, y es incontestable argumentar que no hubo un factor bélico alto, de otra manera no se hubiese hecho efectiva la derrota del régimen talibán y Bin Laden no hubiese huido a refugiarse hacia otro territorio. Pero no se debe desconocer que otro de los objetivos del gobierno estadounidense fue el de “promover crecimiento socio-económico en la región y revitalizar el empleo a nivel interno” (Collins, 2002). Menciona Joseph Collins que en “2002...La comunidad internacional pronto comprometió más de US \$5 billones en ayuda y empezó el arduo trabajo de ayudar a reconstruir el devastado país.” (Collins, 2011, pg. 50) Este ejemplo evidencia los esfuerzos por exportar la institucionalidad y arquitectura estadounidense hacia el contexto afgano y sostiene la visión gubernamental de que la lucha no se detenía al enfrentar y expulsar al agente terrorista de Afganistán. Por el contrario, había que preparar un terreno estructural apto para la consolidación de un país fuerte y no débil proclive a amenazas serias como el terrorismo. De esta manera, la estrategia de seguridad se traducirá en la acción de llevar todo un entramado de identidad

cultural hacia un contexto desconocido, método estratégico y político el cual se consideraba el apropiado para trasladar bienestar y beneficios hacia el entorno internacional.

Hemos de incursionar ahora en el segundo momento de presencia estadounidense en Medio Oriente durante la administración Bush, Iraq en marzo de 2003. Tildada por Hans Blix no de intervención sino de “invasión política” (Blix, 2013) de índole unilateral, no consensuada ni legitimada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la invasión a Iraq acontece un mes después de que se produjera el documento *Estrategia Nacional para Combatir el Terrorismo de 2003*. La necesidad de producir un documento especializado y enfocado al tema del terrorismo se desprende del deber de continuar forjando una lucha real en contra de una amenaza que ya venía siendo abordada más no contenida ni erradicada en su totalidad y teniendo en cuenta el hecho de que no se estaba lidiando bajo este contexto con un enemigo convencional sino que se trataba, y aún se trata de una guerra hacia una ideología la cual requiere de la transformación constante en los métodos de combate y las formas de abordarla.

Como se indica en el apartado introductorio del documento, la estrategia anti-terrorismo “apoya y complementa la Estrategia de Seguridad Nacional de los EEUU. Esta estrategia elabora a más profundidad los postulados de la Sección III de la ESN al exponer nuestra necesidad de destruir las organizaciones terroristas, ganar la “guerra de las ideas” y fortalecer la seguridad de los Estados Unidos a nivel doméstico y en el extranjero...La estrategia Nacional para Combatir el Terrorismo se enfoca en identificar y desactivar las amenazas antes de que lleguen a nuestras fronteras.” (CIA, 2003, pg. 2) La producción de este documento respalda la visión bajo la cual se sostiene la creencia de que el terrorismo es identificado como la amenaza número uno en el siglo XXI y es la prioridad top del gobierno estadounidense a ser abordada. Adicionalmente, visibilizar dicha amenaza a través de documentación oficial facilita la maniobra de construcción y fortalecimiento del referente del enemigo quién opera ilegal e ilegítimamente y continúa irradiando

maldad, violencia y muerte desde Medio Oriente hacia afuera. Se rectifica asimismo el hecho de que ese Otro delimitado por Estados Unidos mediante características cognitivas e ideológicas específicas (árabe/iraní y el musulmán) pertenece a una colectividad socio-cultural (próxima a la del terrorista) proclive a adoptar visiones de mundo radicales y anti-estadounidenses por el hecho de que mediante prácticas como la fe pueden ser manipulados hacia la aprehensión de creencias fanáticas erróneas. De esta manera, el enemigo terrorista también puede tomar a su favor elementos como la proximidad cultural, la historia y los orígenes como factores que exaltan la sensación de identificación entre pueblos para movilizar así una especie de contra-movimiento hacia potencias occidentales y hacia la supremacía estadounidense en Medio Oriente.

Esta situación se asocia con el término de “culturas estratégicas” acuñado por el académico Richard Aldrich quién apela al uso del concepto para explicar que este “se basa en el entendimiento de que los Estados están pre-dispuestos por sus experiencias históricas, sistemas políticos y culturas para lidiar con asuntos de seguridad de manera determinada.” (Aldrich, 2005, pg. 906). Idea que se articula con la producción de la estrategia anti-terrorista del gobierno Bush que parte de la identificación de amenazas y mecanismos de respuesta condicionados y empleados para abordarlas en el plano externo. Para Bush resultó determinante continuar el proceso de institucionalización de la retórica excepcionalista mediante la escogencia de un lenguaje simbólico al interior de documentos y estrategias de seguridad que contienen un carácter de legitimidad implícitos por el hecho de incluir parte del material discursivo del Presidente, figura emblemática de poder nacional y cuya autoridad se hace ver como incontestable. Se destacan fragmentos que citan “la habilidad única de Estados Unidos para construir alianzas, liderar luchas contra amenazas terroristas mediante el uso del poder de los valores y la legitimidad para forjar un mundo más próspero y libre.” (CIA, 2003, pg.2) Aludiendo así a una tipología de valores que son asociados a la identidad estadounidense y que permite construir la noción de que en países de Medio Oriente dichos beneficios están fuera

del alcance de experiencia de la sociedad y no son promovidos por los respectivos gobiernos. Por lo tanto, la fórmula o la hoja de ruta para salir de situaciones como la pobreza, vencer la corrupción y fortalecer el Estado de derecho es aquella proporcionada por el gobierno estadounidense y a más grandes rasgos como modelo base bajo el cual se sostiene un orden internacional de índole bueno regido y moldeado por los Estados Unidos.

Se planteaba por parte de los organismos de inteligencia operando desde el Pentágono que Iraq poseía y producía de armas de destrucción masiva al interior del territorio nacional ocultadas por el régimen de Saddam Hussein. Hecho el cual sería desmitificado posteriormente, pero que se sostendría cómo una justificación sólida y necesaria para llevar a cabo la invasión militar. El 25 de febrero de 2003, “Los Estados Unidos y Gran Bretaña presentarán un proyecto de resolución conjunta a las Naciones Unidas, declarando la imposibilidad de Iraq de desarmarse pacíficamente. Resolución la cual sería rechazada y vetada por parte de Francia, Alemania y Rusia al interior del Consejo de Seguridad” (New York Times, 2016). Este predicamento constituía un importante precedente de ilegitimidad e ilegalidad en el accionar militar estadounidense más no bastó para impedir la decisión política de intervenir ni tampoco para apagar los ánimos de guerra del gobierno. A esta situación se le conoce “como caso de exención”, (Iglesias, 2015) la cual absuelve a Estados Unidos de la aprobación política de otros miembros para tomar acciones y respaldan la creencia de que por tratarse de la superpotencia no se requiere de un permiso especial para desplegar operativos; su status auto-atribuido y la noción de superioridad frente al resto le bastan como justificación para poder tomar decisiones independientes y autónomas.

El tema de las armas de destrucción masiva tuvo gran cabida al interior del entramado institucional mediante el contenido de la estrategia nacional anti-terrorista de 2003. Estas se presentan como un elemento que complementa y revitaliza la actividad criminal de grupos como Al Qaeda y en cuyas manos podrían caer planteando una amenaza de índole extrema para los Estados Unidos, para sus

aliados y para la civilización occidental. Se señala con respecto a las mismas que “la disponibilidad de tecnologías críticas, habilita a las organizaciones terroristas para adquirir, fabricar, desplegar e iniciar un ataque con armas de destrucción masiva en suelo estadounidense o en el extranjero más fácilmente.” (CIA, 2003, pg. 10). Ante la previsibilidad de un escenario fatídico a futuro bajo el cual no solo se pondría en riesgo la soberanía de la superpotencia sino la del conjunto de Estados blanco de las operaciones terroristas, la espera para reaccionar no podía hacerse efectiva, había que actuar bajo la premisa de no permitir que el terrorismo actuara primero para luego responder de vuelta, había que tener mano dura y una estrategia anticipadora a la mano.

Adicionalmente, Iraq figuraba dentro del listado de países considerados “Estados delincuentes” (Bush, 2003) que se creía apoyaban y patrocinaban la actividad terrorista, hecho el cual cómo había aseverado Bush en el discurso presidencial la noche de los atentados todo actor que estuviese asociado a la actividad terrorista iría a ser tratado sin distinción alguna. Declaraba Bush en septiembre de 2002 que “uno no puede distinguir entre Al Qaeda y Saddam cuando nos referimos a la guerra contra el terror...Yo no puedo distinguir entre ambos, porque ambos son igual de malvados e igual de destructivos.” (The White House, 2002) Siendo comparado y elevado a la categoría terrorista es evidente la amenaza que significaba la figura del gobernante para los Estados Unidos. No obstante se comprobó la falsa hipótesis sobre la existencia de armas de destrucción masiva, lo cierto es que el gobierno de Hussein si promulgaba comportamientos represivos en contra de su propia población, rasgos que ante la mirada occidental estadounidense eran rechazados y se adscribían bajo la moción de salvaje por la razón de que no comprendían características representativas de los sistemas avanzados/adelantados ni de gobiernos democráticos y respetuosos de los Derechos Humanos y por el contrario iban en detrimento del bienestar y la dignidad social. Los hechos anteriores permiten crear la ilusión de estar cazando o persiguiendo a Hussein como si se tratara de una especie de animal peligroso el cual debía ser encontrado y detenido.

Lo anterior sumado a la apreciación generada desde la academia de que “Iraq se iba tornando en un campo de reclutamiento y entrenamiento para el terrorismo islámico” (Record, 2010, pg. 5) fueron hechos estratégicamente explotados a favor de la superpotencia quien en su momento logró captar una masiva atención mediática global alrededor de la existencia de amenaza en suelo iraquí y convencer a la sociedad estadounidense y a los círculos de poder sobre los peligros que Iraq en conjunto suponía para la humanidad, activando en la colectividad una sensación imaginaria de temor maximizada y la noción de que un atentado como el del 11 de septiembre pudiese repetirse en contra de los Estados Unidos a una mayor escala de devastación. De esta manera, el horizonte de acción en materia discursiva se amplía, se expande con el propósito de obedecer a los intereses estadounidenses del momento. El más inmediato en Medio Oriente, llevar a cabalidad la Operación “Libertad Iraquí” (CFR, 2017) para desbancar a Hussein del poder, “instaurar nuevos cimientos institucionales y de gobierno que permitieran la transición hacia una aparente democracia duradera” (Record, 2010), interés el cual no era contemplado cómo vital sino cómo complementario en la agenda. Posteriormente se establecería un mecanismo de presencia prolongada sustentado bajo nuevas razones de índole política cómo la necesidad de “asistir económicamente a un Iraq que se encontraba en crisis, establecer y promover un sentido de seguridad ante los posibles disturbios que podrían desenvolverse domésticamente y liderar el camino hacia la prosperidad ante el vacío de poder que dejaba la salida de Hussein” (Record, 2010). Razones las cuales iban a ser potencializadas como temas de seguridad máxima y las cuales respondían a la necesidad de transitar a Afganistán e Irak de ser Estados musulmanes malos a Estados musulmanes buenos. Cómo afirma el académico Manuel Iglesias, “dejar Medio Oriente equivaldría a regenerar un vacío de poder y con ello la retirada del ideal democrático” (Iglesias, 2015). Retirarse de los escenarios equivaldría a dar luz verde a otros grupos terroristas para operar en dichos contextos regenerando así formas de instaurar el mal y la violencia en la región propagando sus ideales y métodos hacia afuera; hechos que perjudicarían los intereses de Estados Unidos.

La permanencia estadounidense en suelo extranjero durante el gobierno Bush no se dio precisamente por medio de dinámicas cordiales, se constituyó por el contrario como un episodio de acción imperialista unilateral la cual vino acompañada por la presión del elemento militar respaldando y complementando la retórica de la campaña anti-terrorista. Esta denominación de acción imperialista desprende consideraciones pretenciosas que obedecen al hilo conductor de la narrativa expecionalista respaldando la creencia de que Estados Unidos opera en el mundo exportando su visión, sus valores, su institucionalidad e ideología para generar la ilusión de que su liderazgo es legítimo y reconocido por la comunidad internacional y de que no existe una mejor opción alternativa que éste. Lo que es digno destacar de los dos periodos presidenciales de George W Bush fue la revitalización de la retórica post-11S que logró generar un sentido unificador patriótico-nacional a partir de los ataques y las experiencias colectivas vividas, movilizando una serie de creencias que afirmaban que el pueblo estadounidense, único e inigualable desde sus orígenes y con características superiores al resto de sociedades iría a levantarse con valentía y honor de la tragedia y que la campaña o la llamada Guerra contra el Terror simbolizaba la persecución global del enemigo, ese Otro identificado como la antítesis de la institucionalidad occidental la cual Estados Unidos, auto-atribuido líder del mundo, iría a erradicar para garantizar la seguridad y estabilidad en el Sistema Internacional devolvería un sentido de estabilidad y armonía a nivel global.

III (d) Barack Obama (2009-2017) Doctrina Pragmática y continuidad en la retórica

El contexto doméstico e internacional que acompañó la transición desde la administración Bush hacia el gobierno de Barack Obama desafortunadamente vino acompañado de una serie de desafíos que irán desarrollándose paralelamente a la progresión de la actividad de células terroristas en el plano internacional. Barack Obama asumió la presidencia de los Estados Unidos en enero de 2009 en medio de un periodo de crisis e incertidumbre global en todos los ámbitos, pero reafirmaba

el compromiso político que sostenía el gobierno hacia la erradicación de la amenaza terrorista a nivel internacional. El terrorismo continuará reflejando el referente enemigo establecido durante la era Bush y a ese Otro al que el gobierno estadounidense aún se enfrentaba, por tanto, este no pasará a figurar como asunto de segundo plano y permanecerá como una prioridad estratégica para la nación.

Obama marca el inicio de su mandato pronunciando un discurso de posesión que recalca “Nuestra nación está en guerra contra una red de violencia y odio de largo alcance...de manera conjunta con nuestros aliados y viejos enemigos trabajaremos sin cansancio para reducir la amenaza nuclear. No nos disculparemos por nuestra forma de vida, y para aquellos que buscan avanzar sus objetivos induciendo terror y asesinando a inocentes, les decimos a ustedes nuestro espíritu está fortalecido y no puede ser quebrantado. No nos sucederán, y los derrotaremos” (Obama, United States Capitol, 2009). La frase que menciona la continuidad de la guerra alude precisamente a la retórica impulsada por su antecesor Bush y genera un sentido de continuidad de la misma, Obama se refería en este apartado a la contienda contra el terrorismo, una guerra concebida como existencial entre dos estilos de vida: el civilizado occidental y otro bárbaro de los terroristas/musulmanes con sus formas de expresión radicales de manera que el mito del excepcionalismo no pierda fuerza ni visibilidad ante el público.

Así mismo, se identifica una voluntad por promover esfuerzos políticos y diplomáticos mediante el empleo de mecanismos de cooperación y trabajo conjunto “para abordar el problema de la proliferación de material y tecnología nuclear y armas de destrucción masiva” (Obama, 2009). La apuesta de la nueva administración va por la vía de la multilateralización de la agenda de seguridad con matices pragmáticos y se proyecta un enfoque hacia el exterior que pretende distensionar desde la retórica o desde el papel aquella diferenciación tan abruptamente establecida por Bush después de los atentados del 11 de septiembre. Si bien Obama reconoce que no habrá ningún tipo de trato excepcional hacia las expresiones consideradas malévolas y violentas en contra de Estados Unidos, si

expresa una preocupación por acercarse más hacia las realidades que sucumben a regiones y sociedades en Medio Oriente de manera amistosa. Obama pretendía reflejar desde el discurso una tendencia opuesta a la lógica de Bush la cual tuvo el efecto de exacerbar desde la concepción colectiva occidental el elemento de la otredad y el perfilamiento cultural negativamente.

En junio del mismo año, el Presidente Obama hará una visita oficial a Egipto y se dirigirá ante la sociedad árabe-musulmana en Medio Oriente, pronunciando un elocuente discurso desde la Universidad del Cairo. El discurso titulado *A new beginning* adopta una postura abierta, expresa una tonalidad inclusiva e invita a la audiencia receptora a reconsiderar sus pensamientos y emociones frente a Occidente y frente a las acciones de los Estados Unidos en la región. En el primer fragmento Obama recalca “he venido al Cairo para buscar un nuevo comienzo entre los Estados Unidos y los musulmanes alrededor del mundo, un comienzo basado en la verdad de que Estados Unidos y el Islam no son excluyentes y no necesitan entrar en competencia. Por el contrario, se superponen y complementan, comparten principios comunes: principios de justicia y progreso; tolerancia y dignidad de todos los seres humanos” (Presidente Obama, Cairo, 2009). Dicha contraposición entre las culturas Occidental vs. Oriental y más específicamente entre Estados Unidos y el Mundo árabe-musulmán crea un paralelo bajo el cual el gobierno pretende reenfocar su relacionamiento hacia ese Otro separando al musulmán bueno del mal musulmán, pretendiendo reconocer a su vez que los referentes valorativos y morales que ha patentado la superpotencia no son experiencias ajenas a la religión islámica ni a las realidades en contextos de Medio Oriente por el contrario son culturas con potencial para el progreso y el desarrollo. Se consolida este pronunciamiento como una maniobra estratégica para insistir sobre la necesidad de ensanchar redes de cooperación y colaboración colectivas a un radio expansivo de mayor alcance, buscando incentivar métodos de apoyo desde los cuales Estados considerados débiles comiencen a movilizar acciones en torno a amenazas como el terrorismo y las armas de destrucción masiva en sus territorios.

Se invoca a través del discurso la temática alusiva al respeto por la Democracia y los DDHH en la región, temática la cual es consistente con la visión estadounidense de avanzar, promover e imponer un conjunto de valores occidentales hacia afuera. La transferencia en materia de apoyo institucional es visible a través de ejemplos como “los fondos para apoyo a la democracia por medio del organismo USAID y la Iniciativa de Asociación del Medio Oriente (IAMO) en Medio Oriente y África del Norte, además de las grandes inversiones en gobernanza realizadas en Iraq, Afganistán y Pakistán. El programa Igualdad bajo la Ley, el cual busca a través del entrenamiento judicial y en derechos humanos para organismos policiales y la asistencia técnica hacia gobiernos, promover el trabajo de los Estados Unidos para el fortalecimiento del Estado de Derecho” (The White House, 2017). La puesta en marcha de las anteriores iniciativas y proyectos en materia de responsabilidad, seguridad y protección reflejan una tendencia hacia la popularización política de mecanismos de apoyo e intervención en Medio Oriente los cuales no necesariamente obedecen a pautas de conducta militar como fue visible a través del mandato Bush, administración la cual se apoyó fuertemente en elementos de intervención e interacción de tipo hard power.

Obama reconoce que la dinamización del fenómeno del terrorismo el cual está cada vez más inmerso y acoplado a formas de modernización tecnológica y de las comunicaciones requiere de un enfoque más pragmático y de un abordaje multidimensional, teniendo en cuenta el hecho de que, si bien “el mandato de Al Qaeda se debilitó durante los últimos años, han emergido nuevas fuerzas y actores de alcance internacional como el autodenominado Estado Islámico” (The White House, 2015). La producción de la nueva Estrategia de Seguridad Nacional del 2010 reconoce los desafíos globales del contexto bajo la siguiente premisa, “El orden internacional que buscamos es aquel en el cual se puedan resolver los desafíos de nuestros tiempos-contrarrestar el extremismo violento y la insurgencia; detener el esparcimiento de armas nucleares y asegurar materiales nucleares...resolver y prevenir conflictos” (The White House, 2010, pg. 4). Como se observa, el tema del

terrorismo y los esfuerzos destinados para combatir su propagación siguen activos, figuran como una prioridad de seguridad nacional, de igual forma el tema de la distribución de armas como elemento que potencializa la actividad terrorista e incrementa sus posibilidades de acción en regiones como Medio Oriente también es contemplada en el documento, ambas temáticas son percibidas bajo la terminología de “riesgos estratégicos” (The White House, 2010) y están asociados a la previsibilidad de que se vuelva a poner en marcha un ataque de magnitud superior como fue el caso de los atentados del 11 de septiembre.

Teniendo en cuenta dichos riesgos, la visión del gobierno parte de un referente de experiencia colectiva previa el cual continúa permeando la institucionalidad estadounidense y da cuenta del peligro aún latente para la nación y para sus ciudadanos en territorio nacional y en otros lugares del mundo. Se verá por consiguiente que el enfoque de Obama en la práctica, lejos de adherirse al hilo conductor en el discurso, se centrará en promover continuidad a la retórica de construcción del enemigo terrorista desde un referente moral y desde una visión peyorativa que se mantienen desde Bush. Como afirma el académico Richard Jackson en su ensayo *Culture, identity and hegemony: Continuity and (the lack of) change in US counterterrorism policy from Bush to Obama*, “el abordaje de la estrategia-antiterrorista ha sido una cuestión de cambios en la forma más no en el discurso” (Jackson, 2011). Dicha aseveración académica es consistente con el manejo del lenguaje y la escogencia de palabras por parte de la figura presidencial en material discursivo y oficial, como fue visible mediante el reemplazo del famoso y controversial término Guerra Global contra el Terror (Bush, 2001) apropiado a lo largo del gobierno Bush. Según el Departamento de Defensa nacional, dicha transformación obedece a un deseo por “evitar usar el término Guerra Larga o Guerra Global contra el Terrorismo...En cambio, se les ha pedido que utilicen una frase burocrática lejos de la retórica feroz de los meses posteriores a los ataques terroristas del 11 de septiembre. La guerra global contra el terrorismo está muerta; larga vida a las “operaciones de contingencia en el exterior” (Burkeman, 2009). La

administración Obama se esforzará por generar una diferenciación de aquella postura unilateral hostil de Bush mediante la cual se condujo la política de seguridad exterior para abordar problemáticas y amenazas a nivel global y con especial enfoque en Medio Oriente.

Se verá que en realidad dicha pretensión meramente atendía a la necesidad por ganar al interior la Comunidad Internacional un aval favorable que reconociese el liderazgo legítimo, consensuado e indispensable de los Estados Unidos en medio de una era globalizada y compleja cuyas demandas exigían que “para triunfar debemos equilibrar e integrar todos los elementos del poder estadounidense y actualizar nuestra capacidad de seguridad nacional para el siglo 21” (The White House, 2010, pg. 5). Desde la lectura del documento se reafirma esa noción de superioridad estadounidense autoproclamada y no se pone en tela de juicio la capacidad de la institucionalidad y el modelo estadounidense para promover el avance y el progreso para el resto de países quienes alzan la mirada para enfocarla hacia un referente de adulación cuya estructura y régimen gubernamental sean considerados idóneos. Obama enfatiza en la importancia de articular las necesidades de los pueblos alrededor del mundo (pobreza, corrupción, crisis humanitaria, conflictos armados) de manera que la proyección hegemónica estadounidense no sea concebida como una forma de imposición occidental sino como una plataforma óptima para la oportunidad apoyada por activos de naturaleza estadounidense excepcionales como “las alianzas duraderas, el cuerpo militar, una economía robusta, una democracia transformadora y una ciudadanía activa” (The White House, 2010). Conjunto de elementos el cual forma parte integral de la institucionalidad político-cultural construida colectivamente a lo largo de la historia y sostenida bajo una noción de respuesta frente a instancias de incertidumbre en el sistema; en últimas dichas cualidades representan el ser estadounidense que Estados Unidos ha creado para sí mismo y al exportar dichos valores se genera una especie desconocimiento y deslegitimación de ese Otro y de aquello relacionado con sus dinámicas de vida.

La identidad estadounidense se proyectará a lo largo del periodo presidencial de Barack Obama con un perfil más bien bajo abogando por adoptar mecanismos de “diplomacia pública para promover y avanzar sentimientos y movimientos anti-americanos” (Jackson, 2011, pg. 399) en regiones del mundo en las que se contempla el avance de prioridades de seguridad nacional máximas. En Medio Oriente, y en relación al contexto heredado de intervenciones militares pasadas en países como Afganistán e Iraq, la administración Obama perseguirá el objetivo inmediato y efectivo de “implementar una transición responsable y democrática a medida en que finalicemos la guerra en Iraq y derrotando a Al Qaeda y a sus afiliados terroristas” (The White House, 2010, pg. 15). El retiro de tropas en Iraq se hará efectivo para el segundo periodo presidencial de Obama, bajo tres premisas importantes, “la transición hacia la seguridad, el apoyo civil y la diplomacia regional y el desarrollo” (The White House, 2010, pg. 33), y a un ritmo más sosegado se dará el mismo escenario en Afganistán. Pero por tratarse de ser la localización y epicentro del extremismo y de organizaciones terroristas como Al Qaeda esta retirada no será inmediata sino a un plazo extendido y en especial considerando un factor de agravamiento mayor en el ritmo de crecimiento del terrorismo, “Estados Unidos enfrenta una amenaza sostenida de Al Qaeda en la península arábiga con sede en Yemen, demostrando su intención y capacidad para planear ataques en contra de EE. UU. y sus aliados. Yemen está luchando para contener AQAP en medio de una confluencia de desafíos de seguridad” (White House, 2011, pg. 14). Reflejando así la propagación de presencia terrorista hacia más Estados y la no contemplación del gobierno Obama a renunciar a estas campañas de lucha prolongada.

Desde ámbito de la estructura militar se generará un replanteamiento en los métodos tradicionalmente empleados para abordar las campañas anti-terroristas. Se suplantará el elemento presencial de ejércitos en suelo extranjero por mecanismos de inteligencia militar considerados más precisos y rápidos en el proceso de identificación de objetivos terroristas y lugares de operación clave al

interior de Estados y zonas limítrofes en Medio Oriente. En conformidad con esta reacomodación de forma, la estrategia de la administración Obama privilegiará el empleo de un arsenal de guerra tecnológico bajo el nombre de vehículos aéreos no tripulados, también conocidos como drones, con el fin promover soluciones inmediatas y seguras hacia la proliferación de la actividad terrorista. Se verá que, “durante el primero año de la administración hubo 51 usos reportados de drones Predador no tripulados contra objetivos que albergaban a presuntos terroristas solo en Pakistán, más de los 45 utilizados durante toda la presidencia de Bush. En 2010 este número más que se duplicó a 118, y para mediados de mayo de 2011 ya habían ocurrido 27 ataques de ese estilo en Pakistán...señalando que Obama sostiene una preferencia por una política de tipo matar-no capturar” (McCrisken, 2011, pgs.793-794). Dicha preferencia responde a una serie de consideraciones las cuales además de poner en tela de juicio desde el ámbito jurídico-legal la moralidad política estadounidense por tratarse del empleo indiscriminado de material altamente destructivo para alcanzar al enemigo sin considerar daños colaterales implicados, atienden a la necesidad de emplear tácticas modernas de hacer la guerra para enfrentar a un enemigo contemporáneo, dinámico y transformado en medio de un contexto igualmente cambiante e incierto.

Resulta problemático desde la lectura del enfoque matar-no capturar del Presidente Obama el hecho de que en medio de la planeación e implementación de ataques con aviones teledirigidos en países como Afganistán y Pakistán “se imposibilita la distinción certera entre un combatiente y un civil en el terreno” (McCrisken, 2011), o para sus efectos entre un terrorista y un inocente. Se desdibuja así la posibilidad de efectuar una diferenciación entre el musulmán bueno y el musulmán malo, categorización que la retórica tanto de Bush como de Obama se ha encargado de construir constantemente. Este elemento de la estrategia anti-terrorista se convierte en un arma de doble filo moral, velando por un lado en proteger y disminuir los riesgos de exposición de tropas militares estadounidenses en el extranjero, y por el otro, desconociendo la ilegalidad y la ilegitimidad de asesinar a individuos civiles por

medio de operaciones militares. Políticas de este calibre lejos de garantizar relaciones proporcionales y lineales entre sociedades en Medio Oriente y Estados Unidos, evidencian un desconocimiento por el respeto a la vida de individuos árabe-musulmanes los cuales ya han encajado en la categoría de generalización de salvaje por tanto no resulta amoral que mueran a raíz de consecuencias colaterales. Lo anterior se suma al hecho de que resulta incongruente observar desde el discurso la defensa de unos valores y la no adherencia a los mismos a través de acciones puntuales.

A lo largo del periodo presidencial de Obama la retórica excepcionalista engendrada desde los ataques del 11S marcará pautas de comportamiento político en materia anti-terrorista que buscará justificar casos como los asesinatos indiscriminados de civiles postura que se verá corroborada por medio de figuras emblemáticas como Leon Panetta, ex director de la CIA, quién en 2010 aseveraba con respecto al incremento de ataques con drones “Es el único juego en la mesa en términos de confrontar o tratar de irrumpir el liderazgo de Al Qaeda” (Panetta en McCrisken, 2011, pg. 795). Nuevamente cómo se vio durante el periodo Bush, se pretende justificar el accionar estadounidense en Medio Oriente mediante la invisibilización de unos hechos y la exaltación de otros. Se evade todo tipo de cuestionamientos morales (que se supone representan la base fundamental del obrar estadounidense externo) respecto a las consecuencias negativas derivadas de los ataques con drones frente a la opinión pública, y por el contrario se acude al empleo de mecanismos de retrospección narrativa (al día de los ataques) en el discurso con el propósito de señalar la importancia de sostener una lucha que lejos de llegar a un fin continúa “representando una amenaza a los Estados Unidos y a la forma de vida estadounidense” (McCrisken, 2011) y la cual bajo ninguna circunstancia debe cesar.

Partiendo de la tendencia popularizada del uso de drones en operaciones militares estadounidenses se ha de mencionar uno de los hitos políticos más memorables del Presidente Obama en relación a la lucha anti-terrorista en Medio Oriente durante su estancia en el poder. Este se constituyó bajo la materialización de la *Operación*

Lanza de Neptuno emprendida en Pakistán en mayo de 2011 y cuya finalidad fue la localización, captura y posterior abatimiento del reconocido líder de Al Qaeda Osama Bin Laden, acción que se llevó a cabo mediante el despliegue operativo de un grupo elite del comando SEAL organizado y coordinado por las principales instancias militares y gubernamentales se procede con la captura del individuo más buscado por el gobierno estadounidense. La muerte de Bin Laden simboliza para las redes terroristas globales y para el grupo Al Qaeda la pérdida de una figura de autoridad simbólica y el detrimento o debilitamiento de una fuerza ideológica considerada hasta la actualidad de los mayores peligros para la humanidad y para la estabilidad global desde la visión estadounidense. Del análisis de la operación vale la pena destacar hechos como la postura conjunta que sostuvo el gobierno estadounidense alrededor de la convicción de que se “corrían mayores riesgos de una operación fallida con la presencia de cuerpos militares en suelo paquistaní” (Hickok, 2014). La opción contundente se apoyó en actuar autónomamente sin contar con el refuerzo de las fuerzas armadas paquistaníes, poniendo de manifiesto el deseo por proteger intereses de seguridad nacional bajo instancias unilaterales y no mediante canales de cooperación conjunta tal como prometía Obama.

La segunda particularidad que vale la pena recalcar es la aparente ausencia de legalidad y validez jurídica que caracterizó el procedimiento estadounidense en suelo paquistaní mediante el uso indiscriminado de drones militares meses previos a la operación. Como evidencia que respalda dichas aseveraciones, se toma un fragmento de un dossier secreto elaborado por miembros del consejo de seguridad paquistaní y expuesto a la luz por el portal de noticias Al Jazeera. Se evalúa por medio del Director General de la Oficina de Inteligencia lo siguiente, “con respecto a cualquier entendimiento entre Estados Unidos y Pakistán sobre los ataques con drones americanos lo cierto es que no existen acuerdos escritos válidos, hay por el contrario un entendimiento político” (IB, Director General, 2011, pg. 201). Dichos señalamientos reflejan no menos que una violación a la soberanía nacional del territorio paquistaní por parte del gabinete Obama, versión la cual a su vez evidencia

una postura con matices unilaterales e investidos de extralimitaciones de poder por parte de la superpotencia. Comportamientos los cuales si se recuerda no son novedosos, sino que responden a un patrón político naturalizado y sostenido bajo la creencia de que una nación excepcional como Estados Unidos debe quedar “exenta de la permisibilidad de operar o intervenir en escenarios internacionales” (Iglesias, 2015) cuando su seguridad nacional se está viendo comprometida a manos de agentes y organismos externos distanciados de las principales estructuras de poder y de decisión nacional.

Las intervenciones en Medio Oriente reflejarán de esta manera una continuidad en la lucha contra el terrorismo fundamentalista cómo fue evidente a través de la operación Lanza de Neptuno, la normalización metódica en el uso de drones como mecanismo alternativo de lucha en medio de un contexto de guerra no convencional, etc. Dichas instancias caracterizarán el periodo de la administración Obama en Medio Oriente hasta su salida reciente en 2017 y a más grandes rasgos vislumbrarán una “imposibilidad o dificultad de desprenderse de la narrativa previamente existente ya que la maniobra política gubernamental se ha encargado de reprogramar en la mentalidad colectiva la sensación de que se vive aún en el contexto del 11S, impidiendo así que los intereses y la identidad avancen hacia un nuevo plano” (McCrisken, 2011). En últimas, la retórica no sólo ha permeado importantes estructuras e institucionalidad social, política y cultural, sino que se ha sostenido en el tiempo y se constituye actualmente como un importante referente de la idiosincrasia estadounidense.

Entre las principales consideraciones a tener en cuenta a lo largo del presente capítulo se recalca que ante la ausencia de un nuevo momento de crisis y de expresiones alternas de contra-posición al poderío hegemónico que auto detenta Estados Unidos y ante la imposibilidad de diluir del espectro de acción política al enemigo u Otro terrorista como blanco militar al gobierno no le ha quedado otra salida distinta que seguir enfrentando el terrorismo internacional con la misma tenacidad y vigorosidad mediante la cual George W Bush se propuso liderar. Si

viene siendo cierto que en la agenda nacional de Obama entran a jugar consideraciones secundarias como la problemática del cambio climático, la migración, el cese a los conflictos armados y la atención humanitaria, el fenómeno terrorista y los elementos que se derivan de su naturaleza, evolución y operación en el contexto internacional tales como las armas de destrucción masiva y el fortalecimiento de los Estados débiles quedan comprimidos a una singular y única categoría denominada terrorismo y se les ha dado una atención y un abordaje de magnitud mucho mayor por parte de los Estados Unidos.

La creencia de que la superpotencia opera en el mundo deseando proyectar una identidad construida a lo largo de la historia es evidente a partir de la configuración de estrategias de seguridad y anti-terrorismo hasta la implementación de las mismas en el campo externo; identidad la cual busca ser legitimada y aprobada cómo la correcta, la benévola y la moral en todas sus dimensiones y facetas. En segundo lugar, es posible argumentar que los cambios en la estructura o en el contexto global desde la transición del siglo XX al siglo XXI no deben ser tomados como casos aislados en medio del proceso de construcción de la retórica, la globalización y los fenómenos que se desprenden de la misma han apoyado e impulsado significativamente la actividad terrorista desde su propia organización, movilización, interconexión y naturaleza hasta su identidad misma, y en conformidad con dicho dinamismo el gobierno se ha visto obligado a definir y a moldear la amenaza bajo unas condiciones no-convencionales y más bien novedosas y modernas desde finales de la Guerra Fría.

IV. “Excepcionalismo norteamericano de cuarta generación” /Consideraciones Finales

A lo largo del presente trabajo de grado he incursionado en la caracterización de las sucesivas estrategias anti-terrorismo de los Estados Unidos en Medio Oriente a partir de los atentados del 11 de septiembre, momento de quiebre inmortalizado en el imaginario colectivo del pueblo y proyectado hacia la institucionalidad estadounidense. Mediante el apoyo material de discursos presidenciales,

estrategias de seguridad y documentos anti-terrorismo se ha sostenido el argumento de que Estados Unidos reforzará su política y postura hacia la región de Medio Oriente en adelante. En primer lugar, dado al hecho de que se atribuye como lugar núcleo de surgimiento y proliferación de grupos fundamentalistas-extremistas a países como Afganistán y Pakistán. En segundo lugar, dada la necesidad de reestructurar los regímenes de gobierno en países considerados débiles y autoritarios, característica la cual facilitaba la presencia y movilización de facciones terroristas en la región. La transferencia de institucionalidad occidental a dichos contextos debía ser contemplada en las estrategias como una justificación necesaria. A lo anterior se le suma la problemática de la proliferación, producción y distribución de armas de destrucción masiva y material nuclear lo cual fue tomado como un momento de oportunidad política para invadir Iraq y destituir a Saddam Hussein del poder. El segundo argumento que ha de sostenerse es que en vista de la ausencia de un episodio de crisis de talla similar al 11S, las sucesivas administraciones han quedado relegadas a continuar con el avance de la narrativa de la Guerra contra el Terror vista como amenaza extrema para los Estados Unidos y para su seguridad nacional.

Con el propósito de comprender la lógica estadounidense frente a la construcción del enemigo y su comportamiento hacia al mismo, me apoyé en la teoría constructivista y más específicamente en el mito político del excepcionalismo norteamericano como mecanismo que ha formado parte del obrar político de la nación desde siglos atrás y el cual ha sido invocado para justificar la puesta en marcha de determinadas decisiones para la defensa de intereses en el plano internacional. Me enfoqué en las instancias de intervención tanto militares como de apoyo financiero e institucional en Medio Oriente para visibilizar que el tema del terrorismo si bien ha cambiado las pautas y dinámicas de interacción en el plano internacional, la solución al problema está lejos de conocerse y por dicha razón futuras administraciones se verán obligadas a comprometerse con la retórica que George W Bush activó mediante su política exterior desde el día de los ataques.

La particularidad que distingue y diferencia a este excepcionalismo estadounidense en el Siglo XXI al excepcionalismo que se observó a lo largo de la guerra fría no se atribuye en su totalidad a la naturaleza diferenciada del nuevo enemigo y Otro terrorista cuyos rasgos no-convencionales, descentralizados y globalizados complejizan el radio de acción y capacidad de respuesta de los Estados-nación. Sino que yace en el hecho de reconocer que el nuevo contexto, las demandas y los nuevos desafíos que emanaban desde la estructura influyeron en gran medida en el proceso de identificación de objetivos de los Estados Unidos. La activación de esta retórica a su vez generó una necesidad por considerar las implicaciones estructurales que irían surgiendo desde la arena internacional de manera que los intereses en juego en Medio Oriente fuesen delineados acorde a la proyección de la identidad estadounidense y la identificación de la amenaza. De conformidad con lo anteriormente planteado considero que el contexto del nuevo siglo confluye con esta retórica del enemigo terrorista y se complementa de manera que sea posible compenetrar el concepto del excepcionalismo norteamericano con el término de la *guerra de cuarta generación*, el cual tuvo sus orígenes desde finales de los 80 y ha entrado en boom recientemente a lo largo del siglo XXI teniendo fuerte acogida desde el interior del espectro militar hasta el mundo de la academia.

Es importante mencionar que si bien el concepto tiene matices apoyadas en teorías de hard power y es producto de la academia militar, su utilidad para el presente trabajo se haya fundamentada en el hecho de que provee unas bases para la observación de nuevos fenómenos que surgen y operan en el espectro internacional, adicionalmente, ofrece una mirada desde la visión académica estadounidense y apela a los mecanismos de respuesta en materia de seguridad y defensa de los Estados Unidos hacia afuera. El coronel Steven C Williamson expone en su ensayo titulado *From fourth generation warfare to hybrid war* que “Hacia finales de 1980, un grupo de marines observaron lo creían era un cambio monumental en la forma en que algunos grupos, muchos de los cuales eran enemigos de los Estados Unidos hacían la guerra” (Williamson, 2009, pg. 9). Dicha

afirmación gira en torno a la creencia y visión que el cuerpo militar estadounidense ha sostenido en relación a la mutación y/o transformación del enemigo en medio de nuevos entornos y en particular del enemigo terrorista en Medio Oriente.

Desde el contexto de la guerra fría el Otro se instaló en la mentalidad y en el imaginario estadounidense como un agente estatal que representaba una ideología comunista antagónica a los ideales capitalistas y libertarios que Estados Unidos creía auspiciaba en el mundo, apropiándose de ellos como si se pretendiera patentar un modelo de origen estadounidense. La transición hacia el nuevo siglo y el momentum de inflexión generado a partir de los atentados del 11 de septiembre se constituirán como nuevos referentes hacia los cuales recrear al enemigo, una amenaza que había secuestrado la noción misma de seguridad en territorio nacional y frente a la cual habría que adaptar mecanismos no-tradicionales para abordar un escenario de guerra asimétrico y modernizado. El escenario de la guerra de cuarta generación es conducido mediante “formas cada vez más descentralizadas, dispersada en una región o incluso del mundo. No tiene ningún campo de batalla definido; en su lugar las guerras de 4ta generación se llevan a cabo simultáneamente en centros de población, zonas rurales y redes virtuales. Se mueven constantemente para evitar la detección y tratar las vulnerabilidades de su enemigo” (Williamson, 2009, pg. 11). Dicha descripción compagina con los mecanismos de operatividad de grupos terroristas como Al Qaeda, los cuales buscan refugiarse en zonas limítrofes, denominadas santuarios seguros con difícil penetración por parte de las autoridades estatales y los cuales buscan invisibilizarse entre la población civil con el objetivo de causar confusión a quienes los persiguen dificultando la maniobra de inteligencia de los Estados.

Los Estados Unidos han reconocido a lo largo de la campaña de lucha contra el terrorismo las innumerables facilidades de las cuales se han apoyado redes y organizaciones terroristas para expandir su alcance en el mundo y continuar desatando violencia y caos a su paso, entre dichas facilidades se haya el contradictorio hecho de que a pesar de que Estados Unidos mantiene la concepción

de que el terrorista repudia aquello que refleja la institucionalidad occidental, en realidad se sirve perfectamente de los diversos niveles y expresiones derivados del modelo capitalista. La autora Catherine Scott menciona que “Al Qaeda representaba a aquel bárbaro neo-feudal con capacidades de despliegue de redes globales poderosas y con diversas conexiones a nivel internacional” (Scott, 2009). Se retrata así a una amenaza diferente, móvil y perfectamente adaptable a las dinámicas que supone la era globalizada en la que vivimos hoy, de manera que es posible localizar al fenómeno del terrorismo fundamentalista en la categoría de guerra de cuarta generación cuando se habla de la construcción narrativa anti-terrorista que ha detonado Estados Unidos en Medio Oriente desde principios de siglo.

Otro aspecto fundamental a tener en cuenta es que el concepto “está dirigido no sólo a soldados, sino a no-combatientes también, a ideas religiosas, a marcos legales... Por consiguiente, los objetivos son seleccionados no sólo basándose en la premisa de la destrucción física, sino más por su impacto moral y mental en un adversario” (Williamson, 2009, pg. 12). Desde el punto de vista de la lógica política estadounidense alrededor de la construcción de la amenaza, las intervenciones en Medio Oriente se verán progresivamente dirigidas hacia el abatimiento físico, ideológico, moral y político del enemigo terrorista ya que como se reconoció en el contenido de las estrategias de seguridad no se trataba de una guerra contra un Estado sino contra una ideología. Un objetivo no contenido en los confines de una nación, con gran capacidad de impacto a nivel regional y global y con igualdad de oportunidades en cuanto a la puesta en marcha de contra-movimientos de carácter anti-occidentales entre las masas y los grupos socio-culturales a los cuales apelaba.

El concepto abarca a un número diverso de actores que actualmente participan al interior de un contexto volátil y activo, actores como Al Qaeda, organización que guía sus acciones basadas en lazos de lealtad hacia un culto religioso y hacia una figura divina y la cual según consideraciones del Coronel Thomas Hammes citadas por Williamson “validan la teorización del concepto de guerra de cuarta generación” (Williamson, 2009). Desde la percepción de que era necesario abordar mediante

enfoques multi-propósito las intervenciones en Medio Oriente a futuro, estas estrategias debían dejar de depender exclusivamente del elemento militar y ser desplegadas alrededor de mecanismos de transferencia material, de auxilio económico y de operaciones de inteligencia como se observó durante la era de Barack Obama. Más precisamente, la materialización de la Operación Lanza de Neptuno mediante la cual se da la baja de Bin Laden representa no sólo un golpe hacia el liderazgo de la organización Al Qaeda sino que a más grandes rasgos refleja uno de los cuatro elementos que caracterizan la guerra de cuarta generación, el elemento denominado “Colapsar al enemigo internamente en lugar de destruirlo físicamente” (Williamson, 2009). Para conseguir un colapso efectivo de las redes había que empezar por descabezar a las altas jerarquías de la organización (Bin Laden) y luego proceder a irrumpir lazos y nexos a mayor profundidad diluyendo y quebrantando el sentido de fortaleza del enemigo. Ahora, si los resultados de dicha operación avanzaron o no los intereses de Estados Unidos o debilitaron significativamente a la organización terrorista son implicaciones que se escapaban de los propósitos del presente trabajo, lo que interesó fue observar la continuidad en la retórica de identificación del enemigo desde Bush hacia Obama evidenciando la necesidad por renovar los métodos de hacer la guerra y de enfrentar al Otro en medio de un clima internacional de nuevo orden. Finalmente, el concepto de guerra de cuarta generación afirma William Lind, principal teórico y expositor del mismo, “simboliza un retorno al arte de la guerra previo a la emergencia del Estado-nación, en su mayoría caracterizado por culturas en conflicto” (Lind, 2004). La retórica excepcionalista se basa en exaltar rasgos que confluyen la identidad: la forman, la moldean y le atribuyen significado. El componente cultural por consiguiente se transforma en un elemento diferenciador entre lo que Estados Unidos cree ser y representar hacia afuera y la forma en que concibe a un Otro e interactúa con él.

No sería correcto afirmar que la estrategia anti-terrorismo se desenvuelve por medio de una guerra netamente entre culturas puesto que entran a jugar otras variables de forma. Más no se puede desconocer que una parte de dicho conflicto ha sido

permeada por implicaciones culturales de tipo raciales y étnicas las cuales apoyaron la conformación de doctrinas como la de la dualidad tipológica (bien vs mal), (progreso vs. atraso) (civilizado vs. salvaje) al interior de discursos y de documentación oficial del gobierno estadounidense. Elementos de poder cuyo fin fue promover el apoyo del público nacional y de la comunidad internacional hacia la validación de acciones e intervenciones en Medio Oriente para luchar contra el terrorismo internacional y para reafirmar la creencia sostenida desde la idiosincrasia estadounidense de que la nación más capacitada y apta (moralmente, políticamente, militarmente, ideológicamente) para liderar dicha lucha era y continúa siendo Estados Unidos.

En suma, el presente trabajo exploró las principales nociones que caracterizan las sucesivas estrategias estadounidenses desplegadas para combatir el terrorismo en Medio Oriente desde 2001 hasta la actualidad mediante la apelación al mito político del excepcionalismo norteamericano. La retórica excepcionalista se ha invocado bajo cada contexto histórico a lo largo del quehacer político estadounidense y actualmente corresponde a una serie de procesos y cambios que se han desarrollado desde la estructura y los cuales han requerido de la adaptación y acomodación de estructuras e institucionalidad de la superpotencia para abordar problemáticas y desafíos. Es menester señalar asimismo que existen contraposiciones efectuadas desde la academia hacia los postulados del concepto de guerra de cuarta generación, por tanto, es posible hallar aspectos los cuales no compaginen en su entereza con el mito del excepcionalismo norteamericano. Más bien se vio que la retórica resultó configurando implicaciones como los cambios en el contexto y la naturaleza del combatiente moderno de manera que pudiese emerger un término que respondiera a la caracterización de la estrategia anti terrorismo dirigida hacia un actor específico, en una región específica. Es decir, este excepcionalismo norteamericano es potencialmente apto y aplicable para abordar en medio del contexto del siglo XXI la problemática del terrorismo en Medio Oriente y sus derivados contenidos dentro de un marco de intereses particulares.

Bibliografía

Adams, Nick, et al. (2011). "Counterterrorism since 9/11: Evaluating the efficacy of controversial tactics." The Breakthrough Institute, Oakland, California. Pps. 1-64. Disponible en: https://thebreakthrough.org/images/pdfs/CCT_Report_revised-3-31-11a.pdf

Aldrich, Richard, (2005). "Contending cultures of counterterrorism: Transatlantic divergence or convergence?" International Affairs. Vol 81, 5. Pps. 905-923.

Al Jazeera, (2017). "Timeline: US intervention in Afghanistan 2001 to 2017". Disponible en: <http://www.aljazeera.com/news/2017/08/2001-2017-intervention-afghanistan-170822035036797.html>

Barnett, Marc, (2016). "American Exceptionalism and the construction on The War on Terror: Clinton, Bush, Obama." Maxwell school of citizenship and public affairs, Syracuse University. Institute for National Security research. Pps. 3.29

Blix, Hans, (2013). "Iraq War was a terrible mistake and violation of U.N. charter" CNN. Disponible en: <http://edition.cnn.com/2013/03/18/opinion/iraq-war-hans-blix/index.html>

Burkeman, Oliver, (2009). "Obama administration says goodbye to War on Terror." The Guardian, US Foreign Policy. Disponible en: <https://www.theguardian.com/world/2009/mar/25/obama-war-terror-overseas-contingency-operations>

Butler, JR, (2002). "Somalia and the Imperial Savage: Continuities in the Rhetoric of War." Western journal of communication. Vol 6, pps. 1-24

Chávez Muriel, Héctor, (2014). "Poder y discurso en Michel Foucault" Universidad Santiago de Cali. Colecciones tipo 2. Artículo de reflexión. Pps. 1-9 Disponible en: <http://revistas.usc.edu.co/index.php/Contextos/article/view/418#.WhucEqWY2w>

CIA, (2003). "National Security Strategy for combating Terrorism" CIA Archives. Disponible en: https://www.cia.gov/news-information/cia-the-war-on-terrorism/Counter_Terrorism_Strategy.pdf

CHAIRMAN MICHAEL McCAUL, (2016). "A NATIONAL STRATEGY TO WIN THE WAR AGAINST ISLAMIST TERROR" House Homeland Security Committee. Pps. 1-35. Disponible en: <https://homeland.house.gov/wp-content/uploads/2016/09/A-National-Strategy-to-Win-the-War.pdf>

Clemons, Carley, et al. (2014). "Moral exclusion and the justification of U.S. counterterrorism strategy: Bush, Obama, and the terrorist enemy figure." *Peace and Conflict, Journal of Peace psychology*. Vol 20. Pps. 285-299

Collins, Joseph, J. (2011). "Understanding the War in Afghanistan" National Defense University press, Washington DC. Pps. 5-137

Colonel William, Steven C, (2009). "From fourth generation warfare to hybrid war." US Army War College, Carlisle Barracks, PA. pps. 6-44

Council on Foreign Relations, (2017). "The US War in Afghanistan." *Timetable*. Disponible en: <https://www.cfr.org/timeline/us-war-afghanistan>

De Tocqueville, Alexis, (1998). "Democracy in America" Wordsworth Editions Ltd. *Classics of world literature*. Revised by Francis Bowen. Pps. 416

Edwards, Jason. (2008). "Defining the enemy for the post Cold War World: Bill Clinton's foreign policy discourse in Somalia and Haiti" *International Journal of Communication* Vol 2, pps. 830-847. Disponible en: <http://ijoc.org/index.php/ijoc/article/viewFile/264/196>

Esch, Joanne, (2010). "Legitimizing the War on Terror: political myth if official level rhetoric" *Political Psychology*, Vol 31. No 3. Pps. 357-391

FAS, (2006). "National Strategy for Combating Terrorism" pps. 1-29. Disponible en: <https://fas.org/irp/threat/nsct2006.pdf>

Hickok, Lauren, (2014). "The decision in favor of Operation Neptune Spear: presidential leadership and political risk" *Journal of Political risk*, Vol 2. Disponible en: <http://www.jpolorisk.com/the-decision-in-favor-of-operation-neptune-spear-presidential-leadership-and-political-risk/>

Homolar, Alexandra, (2011). "How to last alone at the top: US strategic planning for the unipolar era." *Journal of Strategic studies*, 34:2. Pps. 189-217

Iglesias, Manuel, (2015). "La continuidad del discurso neoconservador frente a la Política Exterior de la administración Obama." *Universidad Computense de Madrid. Revista UNISCI*, No 38. Pps 89-105. Disponible en: <https://www.ucm.es/data/cont/media/www/pag-72452/UNISCIDP38-4IGLESIAS.pdf>

Jackson, Richard, (2007). "Constructing enemies: Islamic terrorism in political and academic discourse" Government and Opposition. Vol 42, issue 3. Pps. 394-426

Jackson, Richard, (2011). "Culture, Identity and Hegemony: Continuity and (hthe lack of) change in US counterterrorism policy from Bush to Obama." International Politics, vol 48. Pps 390-411. Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/233601305_Culture_identity_and_hegemony_Continuity_and_the_lack_of_change_in_US_counterterrorism_policy_from_Bush_to_Obama

Jackson, Richard & McDonald M, (2014). "Constructivism, US Foreign Policy and the 'War on Terror' Obama and the world: New directions in US foreign policy. New York, Routledge. Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/280223091_Obama_And_The_War_On_Terror_A_Constructivist_Analysis

Justice, Javed Iqbal, (s.f). "Abbottabad Commission Report: Bin Laden Dossier" Al Jazeera investigates. Pps. 9-334. Disponible en: <http://www.aljazeera.com/indepth/spotlight/binladenfiles/>

Lewis, Bradley, (2011). "American Exceptionalism: from a political theory to an article of faith." American Magazine. Disponible en: <https://www.americamagazine.org/issue/788/article/american-exceptionalism>

Lind, William S, (1989). "The changing face of war: into the Fourth Generation" Marine corps gazette. Vol 22. Pps. 1-5. Disponible en: <https://www.mca-marines.org/files/The%20Changing%20Face%20of%20War%20-%20Into%20the%20Fourth%20Generation.pdf>

Lizama, Natalia, (2013). "El constructivismo como nueva perspectiva para analizar las relaciones entre Estados: el caso de la crisis del Gas entre Chile y Bolivia." En: SCIELO. Universum, vol. 28, No 2. Talca, Santiago, Chile. Pps. 83-102

McCrisken, Trevor, (2011). "Ten Years on: Obama´s war on terrorism in rhetoric and practice." International Affairs, vol. 87, issue 4. Pps 781-801

Nabers, Dirk, (2007). "Crisis, hegemony and change in the International system: A conceptual framework. GIGA, Vol. 50. Disponible en: https://www.giga-hamburg.de/de/system/files/publications/wp50_nabers.pdf

Nabers, Dirk, (2009). "Filling the Void of Meaning: Identity Construction in U.S. Foreign Policy After September 11, 2001." Foreign Policy Analysis, Vol. 5. Pps. 191-214

Record, Jeffrey, (2010). "Wanting War: Why the Bush administration invaded Iraq" Books Inc. Wsshington DC. Pp 217

Scott, Catherine V, (2009). "Imagining terror in an era of Globalization: US foreign policy and the construction of terrorism after 9/11" Perspectives on politics, Vol. 7, No 3. Pps. 579-590. Disponible en: <http://www.jstor.org.ezproxy.javeriana.edu.co:2048/stable/pdf/40407005.pdf>

Said, Edward, (2004). "Orientalismo" Debolsillo, Barcelona, España. Pps. 422

Shamash, Lani, (s.f). "The War on Terror discourse and militant political Islam" Department of Politics and International Studies. School of Oriental and African studies. London, pps. 5-78. Disponible en: https://www.academia.edu/1509772/The_War_on_Terror_Discourse_and_Militant_Political_Islam_How_Did_the_Manifestation_and_Institutionalisation_of_a_Domestic_Discourse_Affect_American_Policy_and_Attitudes_Towards_Hamas

Shultz, Taylor & Andrea Dew, (2006). "Insurgents, terrorists and militias: The Warriors of contemporary combat." Columbia University Press. Pps. 326. Disponible en: <http://www.jstor.org.ezproxy.javeriana.edu.co:2048/stable/pdf/27640609.pdf>

Taylor, Alan, (2011). "9/11: The day of the attacks" The Atlantic. Disponible en: <https://www.theatlantic.com/photo/2011/09/911-the-day-of-the-attacks/100143/>

Thimm, Johannes, (2014). "American Exceptionalism – Conceptual Thoughts and Empirical Evidence" International Affairs, vol. 87, issue 4. Pps. 781-801. Disponible en: http://www.jukkarannila.fi/docs/American_Exceptionalism_Thimm-American_exceptionalism.pdf

The New York Times, (2009). "Barack Obama's Inaugural Address" Politics. Disponible en: <http://www.nytimes.com/2009/01/20/us/politics/20text-obama.html>

The White House, (s.f). "Selected speeches of president George W Bush 2001-2008" White House Archives. Pps.610. Disponible en: https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/infocus/bushrecord/documents/Selected_Speeches_George_W_Bush.pdf

The White House, (2000). "A National Security Strategy for a Global Age" NSS Archive. Pps. 1-84. Disponible en: <http://nssarchive.us/national-security-strategy-2000/>

The White House, (2001). "Address to the Joint Session of the 107th Congress" White House Archives. Pps.65-73. Disponible en: https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/infocus/bushrecord/documents/Selected_Speeches_George_W_Bush.pdf

The White House, (2001). "Address to the nation on the September 11 attacks" White House Archives. Pps.57-59. Disponible en: https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/infocus/bushrecord/documents/Selected_Speeches_George_W_Bush.pdf

The White House, (2002). "The National Security Strategy of the United States of America" NSS Archive. Pps.1-35. Disponible en: <http://nssarchive.us/NSSR/2002.pdf>

The White House, (2002). "West Point Commencement" White House Archives. Pps.125-132. Disponible en: https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/infocus/bushrecord/documents/Selected_Speeches_George_W_Bush.pdf

The White House, (2009). "The President Speech in Cairo: A new beginning" President Barack Obama. Disponible en: <https://obamawhitehouse.archives.gov/issues/foreign-policy/presidents-speech-cairo-a-new-beginning>

The White House, (2010). "National Security Strategy" NSS Archive. Pps.1-60. Disponible en: <http://nssarchive.us/NSSR/2010.pdf>

The White House, (2011). "National strategy for counterterrorism" Obama Archives Pps. 1-26. Disponible en: https://obamawhitehouse.archives.gov/sites/default/files/counterterrorism_strategy.pdf

The White House, (2014). "Statement by the President on ISIL" Obama White House. Disponible en: <https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2014/09/10/statement-president-isil-1>

The White House, (2017). "President Barack Obama" The Administration
Disponibile en: <https://obamawhitehouse.archives.gov/administration/president-obama>

Walt, Stephen, (2011). "The myth of American Exceptionalism". Foreign Policy.
Disponibile en: <http://foreignpolicy.com/2011/10/11/the-myth-of-american-exceptionalism/>

Wendt, Alexander, (1992). "Anarchy is what states make of it: The social construction of power politics." International Organization. Vol 60, No 2- pps. 391-425. Disponibile en:
<https://pdfs.semanticscholar.org/5402/cd6e1f821ee61c786374512fe9f6400ed6a0.pdf>

Anexo 1

“Buenas noches. El día de hoy, nuestros conciudadanos, nuestra forma de vida, nuestra propia libertad fueron todos atacados en una serie de actos terroristas deliberados y mortales...Miles de vidas fueron abruptamente cegadas por actos despreciables de terror y maldad. Las imágenes de los aviones volando hacia los edificios, las llamaradas vivas, las enormes estructuras que se derrumbaron nos han llenado de sensaciones de incredulidad, de una terrible tristeza y de una ira silenciosa e inquebrantable. Estos actos de asesinato masivo tenían la intención de aterrar a nuestra nación llevándola al caos. Pero ellos han fallado. Nuestra nación permanece fuerte.” Un gran pueblo ha sido movilizado a defender una gran nación. Los ataques terroristas pueden sacudir los cimientos de nuestros más grandes edificios, pero no pueden tocar los cimientos de los Estados Unidos. Estos actos rompen el acero, pero no pueden doblegar el acero de la determinación estadounidense. Estados Unidos fue el blanco de ataques puesto que somos el faro más brillante para la libertad y la oportunidad en el mundo. Y nadie va a evitar que aquella luz deje de brillar. Hoy, nuestra nación conoció el mal, lo peor de la naturaleza humana, y hemos respondido con lo mejor de Estados Unidos. Con la osadía de nuestros rescatistas, con el cuidado de personas extrañas y vecinos quienes vinieron a donar sangre y asistir de cualquier manera posible... No haremos ninguna distinción entre los terroristas que cometieron estos actos y quiénes les proveen albergue de cualquier forma...Este es un día en el cual todos los estadounidenses se unen en resolución de justicia y paz. Ninguno de nosotros olvidará este día, pero avanzaremos para defender la libertad y todo lo que es bueno y justo en el mundo.”

“Gracias, Buenas noches. Y que Dios bendiga a los Estados Unidos de América”

(Presidente George W Bush, 11 de septiembre de 2001, Oficina Oval, Washington DC)

